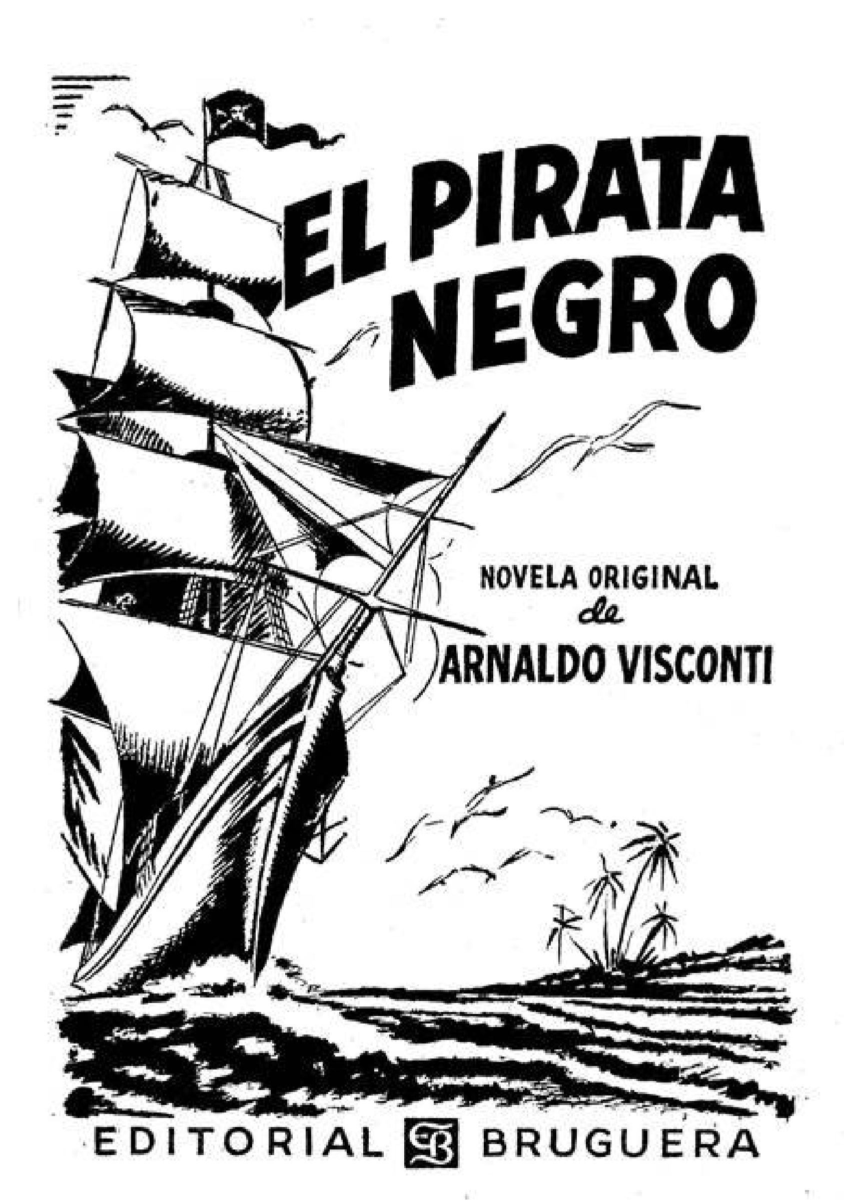
EL PIRATA NEGRO



3'50 PTAS

TRES TROTAMUNDOS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Tres trotamundos

Colección El Pirata Negro n.° 55

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


TRES
TROTAMUNDOS

PRIMERA PARTE

PARIS - CIVRY

CAPÍTULO PRIMERO

Una luna de miel en peligro

En junio de 1720, los habitantes de París sentíanse agradecidos por la benevolencia con la cual el astro solar entibiaba los días, sin exacerbar sus rayos.

Era como si la maravillosa primavera parisina, corta de habitual, quisiera prolongarse retrasando la aparición del cálido verano. El tibio soleamiento diurno y la agradable frescura nocturna concedían una grata euforia a los parisinos, demostrando ser cierta la influencia benéfica de los climas templados, que adormilan los instintos y conceden una suave indolencia.

Pero había dos personajes poco propensos, a dejarse influenciar por el apaciguamiento climático.

Aimé Fortinbras y Adelaide de Chamfort, casados desde hacía, tan sólo cuatro días y en perfecta .compenetración hasta entonces, atravesaban un momento difícil, que actuaba a modo de nube en el cielo, hasta entonces plácido, de su corta existencia matrimonial, basada, por parte de él, en un sólido afecto rayano en el sacrificio, y por parte de ella, en una amistad cariñosa.

Pero ni la inteligencia comprensiva de Fortinbras ni la espiritual ingeniosidad de Adelaide de Chamfort, lograban limar las asperezas de la situación.

Todo había tenido su inicio en la simple frase que pronunció ella al entrar en el comedor donde aguardaba su esposo:

—Lo siento, Aimé, pero acabo de visitar a Diego Lucientes y le he contado todo lo referente a Cheij Khan.

Aimé Fortinbras guardó unos instantes silencio, mientras la criada servía a la recién llegada. Cuando se marchó, Fortinbras arrojó la servilleta sobre la mesa, en gesto enojado:

—¡Sabes que no tengo tolerancia para la mentira, Adelaida! Te

has comportado deplorablemente, y no me refiero al hecho en sí de tu visita, sino a la conversación que hace tan sólo dos horas sostuvimos aquí mismo. Te dije que no quería desempeñar el papel de marido autoritario, porque nuestro enlace tuvo como base la conveniencia de tu amistad y el acicate de mi amor. Te expuse también que, olvidando que eres una parisina inteligente, ibas a exponerte al mayor de los ridículos mezclándote en los amoríos de la hija del español con Cheij Khan.

—¡Prometí vengarme del chacal... y lo he conseguido!

—Habíamos prometido olvidar nuestros pasados, Adelaida-dijo él, con gesto cansado —. Pero no te reprocho tu actitud, sino la mentira... La mentira con la cual, para acallar mi inquietud y mis razonamientos, prometiste no visitar a Diego Lucientes...

Y apenas, con tu promesa, quedé tranquilizado, abandonas nuestra casa para hacer aquello que precisamente me prometiste no hacer. Con esta primera mentira, debes comprender que has sembrado ya la raíz de la duda. ¿Cómo podré creerte en lo sucesivo?

Levantóse ella para acercarse a su esposo, cuya mano intentó coger, entre las suyas.

—Cheij Khan se burló de mí y también de ti. Se cree invencible. ¡Le odio! Y ahora estoy contenta porque me he vengado... Ahora sí que olvido mi pasado, Aimé..., y esta primera mentira que forzosamente hube de decirte, es la última. Para mí ya sólo tiene importancia un tranquilo vivir en nuestro hogar. Pero no podía contenerme. ¡No podía consentir en que Cheij Khan engañara a la hija del español!

—Tu argumento es falso, Adelaida. Ninguna relación de amistad, ni siquiera conocimiento, te unía con Gabrielle Lucientes. Siéntate, y no acudas a caricias para soslayar la situación que con tu rencoroso recuerdo has suscitado.

Ella obedeció, porque pasado el instante de impulsiva irreflexión, veía ahora todas sus consecuencias. Aimé Fortinbras, expuso, con serena entonación:

—Te anticipé cuanto podía suceder si te dejabas llevar del deseo de vengarte del que tú llamas Luzbel. Te especifiqué que Diego Lucientes podía calificarte de rencorosa calumniadora, evocando tu actitud, la simple rencilla de la desdeñada por el joven árabe. Me

dijiste que tú sabrías aducir argumentos que le convencerían tanto a él como a su hija, y que ella, si te odiase momentáneamente por haberle destrozado una ilusión, luego te lo agradecería. Todo eso entra en el terreno de lo posible, pero ¿y Cheij Khan? Tú misma, para tranquilizarme cuando me estabas mintiendo, dijiste que la venganza de Cheij Khan sería terrible. Sabes… que no en vano conviviste dos años con él, que bajo su aspecto soñador de joven árabe, encubre una fiera desencadenada, que no respeta vidas ni sexos… Pero aun eso no es todo. Queda a saber la reacción de Diego Lucientes. No le conozco personalmente, pero corren sobre él muchas habladurías. Se dice que el antebrazo ahora de hierro, cuya mano encubre bajo manopla de terciopelo, lo perdió salvando del naufragio a un velero pirata. Es hombre, al parecer, que ha reñido innumerables, duelos y cuya existencia azarosa está momentáneamente en calma, porque ama a su hija. Y ésta misma, ¿no la califican de amazona-mosquetero, pese a toda su feminidad?

Emitió Fortinbras una risita condolida, al ver que desde hacía unos instantes su esposa le escuchaba cubierto el rostro entre las manos temblorosas.

—Te has comportado como la más ingenua de las provincianas, Adelaida. Para satisfacer un rencor, no has vacilado en desatar contra ti tres enemistades peligrosas. Por haber sido tu antigua rival, Gabrielle Lucientes puede buscarte daño… ¿Y dices que ahora quieres únicamente vivir una tranquila existencia hogareña? ¿Ahora que nuestras dos vidas están suspendidas de un hilo? No te oculté que no me creo más valiente que un mortal común, pero que la suave mirada de Cheij Khan me causa terror, porque leo en ella una implacable fuerza selvática, inexorable… ¿Huir?… No lo puedo por mi cargo, y porque además por más lejos que Fuéramos, la venganza de Cheij Khan nos acosaría.

—Perdóname… —musitó ella.

—Otra actitud de provinciana ingenua, querida, Esto ya no tiene arreglo, y no son las palabras las que lo solucionarán. Ya que, para todo París, yo soy tu esposo y por tanto, el que manda en tus actos, te suplico tengas al menos la bondad de narrarme lo que ha sucedido en tu deplorable visita al español y su hija.

—Me duele tu ironía, Aimé. Es como si algo se hubiera roto entre ambos. Me hablas como a las tantas que antes de casarnos

solías cortejar...

—No desvíes la conversación, querida. Te pregunto con sumisa cortesía, que te dignes informar a tu esposo, de lo acaecido en tu visita a Diego Lucientes.

—En un principio me habló con banal galantería, hasta que yo le expuse que Cheij Khan cuando se separó de mí, me anunció que gracias a su conocimiento en las mentiras de amor, obtendría prontamente el gran premio que le permitiera abandonarse a su favorita ocupación, que era vivir holgazaneando. Y que me había asegurado que no hallaría dificultad alguna en conseguir casarse con la dote de su hija, a lo cual me replicó que yo le parecía una enamorada vengativa, dispuesta a calumniar. Y añadió que aunque le presentara yo pruebas fehacientes de lo que estaba diciéndole, él no se las enseñaría a su hija, porque se consideraba, un padre poco apto para tal cargo, y que preferiría no destrozar la dicha actual de su hija que estaba enamoradísima.

Hizo ella una pausa, esperando algún comentario de su esposo, pero Aimé Fortinbras, adoptaba la actitud de un desinteresado oyente, en tertulia palaciega.

—Yo... entonces, dije que puesto que su hija estaba ausente, volvería para hablar con ella directamente. El pelirrojo español, se levantó diciendo que nunca había experimentado la impresión que lo produciría el cortar la lengua a una hermosa parisina. Yo entonces le acusé de culpable mudez, ya que sabiendo que Cheij Khan no quería a su hija, sabiendo que sólo deseaba su dote, y que le mentía amores como a tantas otras mintió, y sabiendo que era un Luzbel, perverso, un chacal asesino, consintiera en dejarle cortejando a su hija.

Señaló ella con gesto vago hacia la puerta:

—Y en el umbral apareció ella que nos había estado escuchando sin que nos diéramos cuenta. Estaba palidísima, pero vaciló y cayó desvanecida. Antes de él correr a recogerla del suelo, me lanzó una mirada tan furiosa, que yo... tuve miedo, y abandoné la casa. Eso es cuanto acaba de suceder, Aimé.

Aimé Fortinbras levantóse:

—Yo te hice cesión de mi amor propio. Soporté estoicamente los comentarios burlones a nuestra boda... ¿Qué sucede, Lison?

La criada acababa de entrar casi corriendo. Retorcía

nerviosamente el extremo de su delantal:

—Un caballero que ha derribado dos lacayos y... viene hacia aquí, señor-anunció asustada.

Y se apartó prudentemente al enmarcarse en el umbral la alta silueta de un individuo pelirrojo, de sonrisa truhanesca, que dilataba su ancha boca, aunque por el brillo de los ojos pardos, y el frunce de las cejas, notábase que no era la alegría la inspiradora de su mueca.

—Os marchasteis sin despediros, señora. Casi se me antojó que salisteis corriendo al igual que una comadreja después de degollar a una gallinita...

—Si me hacéis la merced de calmaros, señor-se interpuso Aimé Fortinbras-estoy dispuesto a daros teda clase de explicaciones, pero os ruego os calméis.

—Creed que estoy muy calmado, señor. He venido simplemente a cortar la lengua a esta señora... si me lo permitís, y no os oponéis a ello.

—Habláis de mi esposa. Soy Aimé Fortinbras.

—Mi nombre es Diego Lucientes. Si he entrado algo bruscamente, es porque vuestros lacayos de puerta tuvieron la impertinencia de inquirir si tenía yo concedida audiencia para ser recibido. ¿Acaso vuestra esposa, que ahora tardíamente conserva un total mutismo, pidió audiencia para irrumpir en mi casa y destilar veneno?

Fue a avanzar Lucientes, y de nuevo Fortinbras se interpuso en Su camino. Adelaida de Chamfort retrocedió...

—Quizá, señor, si hubieseis cortado la lengua a mi esposa... antes, hubiera sido una mutilación útil. Ahora ¿no lo estimáis superfluo?

El tono y los modales de Aimé Fortinbras eran muy adecuados a su personalidad de secretario administrador del duque de Bohan, y por tanto hombre avezado al trato de cortesanos y a diálogos en los cuales las peores cosas decíanse con frívola entonación.

Diego Lucientes palmeó con su mano válida sobre el guante de terciopelo que encubría su mano de hierro.

—Tengo un principio de hartura de esas exquisitas finuras con las que aun en los momentos más serios, los parisinos adornan sus fiases. En el fondo reconozco que tenéis razón en suponer que mi

deseo de cortar una lengua es infantil, si la lengua ha causado ya el dañó. Pero, vuestra esposa que nos escucha con gran atención, es la más indicada para hablarnos del placer de la venganza.

—En realidad, señor, ella evitó para vuestra hija una desilusión y un engaño.

—Si hubiese obrado por amistad, habría podido calificarla de entrometida, pero se lo hubiera quizás agradecido. Pero, ella ha actuado solamente para saciar un rencor… que vos, señor, como marido, hubierais debido ser el primero en aconsejarle lo olvidara.

—¡Yo le mentí! —exclamó de pronto Adelaida de Chamfort.— Yo le prometí que no…

—¡Callad, señora! —atajó enérgicamente Fortinbras.— Hoy tenéis la inoportunidad de hablar a destiempo. Yo he dicho que daría al señor Lucientes toda clase de explicaciones, porque está en su derecho al exigírmelas. Pero a vos, señora, os ruego que os trasladéis inmediatamente a vuestras habitaciones. Es demasiado viril este caballero para llevar a cabo su amenaza habiendo por delante un hombre. Y vos ya habéis realizado vuestro deseo… ¡Destrozar la ilusión de una joven enamorada… y terminar con mi ilusión de que podía confiar en vos!

Fue tal la sinceridad apenada con la cual Fortinbras lanzó su última exclamación, que Diego Lucientes comprendió que no había habido por su parte la menor instigación en la visita de Adelaida de Chamfort, la cual ahora sollozando salió del comedor.

La criada desde el inicio de la conversación había abandonado prudentemente la habitación, donde ahora Aimé Fortinbras encogióse de hombros con gesto de cansancio.

—Si posible fuera arreglarlo con frases, señor Lucientes, yo os diría, que os juro que lamento la imprudencia de mi esposa. La advertí de que sería improcedente interponerse, cuando no era noble el impulso que la guiaba a sembrar dolor en el corazón de una enamorada. Con su acto, me ha hecho perder la fe en ella, porque me mintió prometiendo que no acudiría a molestaros.

Se pasó la mano por la frente, abatidos los ojos en infinita tristeza.

—Y ahora, estoy a vuestra disposición, señor. Elegid, señor. Elegid arma, hora y sitio.

—¿Arreglará lo ya inevitable, el que yo os perfore limpiamente

el cuello, señor? Os confieso que vine dispuesto a todo… y me desarma vuestra actitud.

—Podéis marchar tranquilo, señor. Lo que vos no hagáis… lo hará y con salvaje demasía Cheij Khan, cuando se entere de lo sucedido.

—¿Cheij Khan? —y la cicatriz vertical que surcaba la frente de Lucientes desde la raíz del cabello hasta el entrecejo se coloreó intensamente.— No os importunará… porque no deseo más que verle delante mío, para matarle.

Saludó Lucientes e iba a retirarse, cuando en el umbral añadió:

—Pero por si su visita precede a la que a mi casa haga, os aconsejo vayáis con vuestra encantadora esposa a veranear en un castillo con puente levadizo. Adiós, Fortinbras.

—Os agradezco, señor, la cortesía con la que discretamente no habéis hecho burla de mi ridículo papel de marido sin autoridad.

—Años tengo, señor, para saber que hay ocasiones en que no se puede reprochar a un marido las intemperancias de una mujer.

—Os deseo buena suerte, señor Lucientes. Pero no olvidáis que por más apacible que sea la apariencia de Cheij Khan, éste no es un ser como nosotros. Es una fuerza de la naturaleza, salvaje, sin límites. Que arrolla cuanto pretende oponerse a su paso…

—Un plomo en el corazón le convertirá en una fuerza muerta de la naturaleza.

Al quedar solo, Aimé Fortinbras sentóse dejando caer la cabeza entre sus brazos cruzados. Al dolor moral, uníase ahora un creciente miedo físico.

Daba por descontado que Diego Lucientes perecería si intentaba luchar con Cheij Khan… y éste no tardaría en venir…

Su egoísmo de cortesano habituado a regalona vida se impuso, y febrilmente ordenó que atelasen una carroza. Poco después, llevando él mismo las riendas, para evitar indiscreciones de lacayos, por las que pudiera Cheij Khan averiguar su paradero, partía conduciendo en el interior a la que pese a todo no podía dejar de amar.

Capítulo II

"Tabú"

Gabrielle Lucientes de Civry oyó con asombro las primeras palabras que la desconocida pronunciaba. Iba a pasar de largo, dirigiéndose a sus habitaciones, cuando una frase la detuvo en seco.

La desconocida le estaba diciendo a Diego Lucientes:

—“¿Puedo inquirir si veis con agrado el enlace de vuestra hija con Cheij Khan?”

La réplica paterna casi hizo sonreír a Gabrielle, que se aproximó a uno de los cortinajes que flanqueaban la puerta del salón:

—“Mi natural cortesía, señora, me veda replicaros que estimo muy contundente la pregunta”.

Al seguir ella hablando de Cheij Khan, un secreto instinto, advirtió a Gabrielle de que debía marcharse, de que lo que iba a oír, le sería funesto...

Pero otra fuerza mayor la retuvo, y al oír las acusaciones que Adelaida de Chamfort vertía contra su primer amor, el hombre que para ella representaba el nacer a una vida de éxtasis desconocidos, un vértigo invadió el cerebro de la joven, que intentó avanzar para con su presencia obligar a enmudecer a la visitante.

La clara tarde se convirtió en una densa negrura, y perdidos los sentidos, cayó desvanecida.

Cuando despertó, vióse tendida en su lecho, y sintió en sus manos los besos del pelirrojo que sentado en la cama, susurraba:

—Pasará, Gaby... No hay pena que no se extinga, ni dolor que no se mitigue...

Con un hilo de voz, sabedora de que necesitaba hallarse a solas, para gemir todo el dolor de su primera desilusión, Gabrielle Lucientes suplicó:

—Déjame, padre. Déjame estar a solas... Te llamaré, después,

cuando me sienta con más fuerzas.

Diego Lucientes salió, para dirigirse apresuradamente al domicilio de Adelaida de Chamfort. Regresó con la misma prisa, porque de pronto pensó que durante su ausencia, Cheij Khan podía, como tenía por costumbre, desde que era prometido de Gabrielle, acudir...

Entró y Ettienne Laurent, el preceptor de su hija, manifestó que ella estaba llamándole desde hacía unos instantes.

También Gabrielle en su incesante pensar, había coincidido con su padre. Cheij Khan podía estar al llegar...

Subió Lucientes las escaleras que conducían al piso alto, con un desasosiego difícil de vencer. Nunca habíase visto en una situación semejante, y sentíase incapaz de poder hallar consuelo para el lacerado dolor de su hija.

Entró con el sigiloso andar del que pisa la sala de un enfermo grave.

—¿Te encuentras más reposada, Gaby? —preguntó sentándose junto a la cabecera de la cama, y cogiendo las manos calenturientas de la "amazona",

—¿Tú sabías que Cheij Khan no me amaba?

—Cheij Khan te ama.

—Sólo quiso y pretendió mi dote.

—No debes atormentarte pensando en esto...

—Quiero... que me jures una cosa, padre. Siempre has sido para mí el más cariñoso de los amigos. Has sabido ser el más bondadoso de los maestros, y por mí sacrificaste tu gusto por la aventura, encerrándote entre los muros del castillo de Civry. Me enseñaste a hablarte con claridad... ¡Abrázame, padre!

Y ella ocultó el rostro en el pecho del conmovido Lucientes, mientras iba diciendo:

—Amo a Cheij Khan y no podré amar a nadie más... Pero tengo dignidad, y antes prefiero morir a ser su esposa. No le quiero ver más. Nos marcharemos de París, padre. Y quiero que me jures una cosa.

—Concedida de antemano, Gaby.

—No matarás a Cheij Khan.

—No pienses en... sangrientas resoluciones. Borremos este episodio. Nos iremos mañana a Civry...

—¡Júrame que no matarás a Cheij Khan!

—Pero, debes suponer que... En fin podría darse el caso que él, enojado, al yo prohibirle que en lo sucesivo te vea, y ordenarle que se abstenga de venir, intentara atacarme... Tú misma lo viste luchar, y ya que eres experta en lides de combate, comprenderás... que aun no deseándolo, y no deseo, con todas mis fuerzas, puede presentarse el momento en que el más rápido venza. Por egoísmo muy personal, te prefiero olvidando el cadáver de Cheij Khan, que recordante que eres huérfana.

—No, padre... Tú y él no podéis pelear... sois mis dos amores. ¿Por qué te mentiría? A ti, únicamente a ti, puedo decirte que le sigo amando. Debería estar humillada, rencorosa, y odiándole. Pero, ¡no puedo! Sus mentiras de amor fueron tan sinceras en el eco que despertaron en mi corazón, que no puedo apagarlas...

—Pasará, Gaby. Hazme caso, que larga experiencia tengo en lides de amor, tanto en sus venturas de amanecer como en sus sinsabores de epitafio. Pero, ¡él pagará caro la primera pena que te ha causado!

—Si le matas-y separóse ella del abrazo, serio el semblante pálido —nunca te lo perdonaré, padre. Y lo sabes.

—Entonces, ¿me dejaré degollar, hijita?

—Él no te hará nada. Cuando venga, acompáñale aquí. No le digas nada. No le pongas en antecedentes de nada. Quiero hablar con él. No temas; he heredado tu carácter que sabe disfrazar las más hondas penas. Trataré de herirle como él me ha herido. Pero sabré encontrar el medio de que vosotros dos, mis únicos amores, no perezcáis en una lucha que nada ha de solventar. ¿Por ventura su muerte haría cesar mi pena? ¿Por ventura tu muerte no sería más que un acrecentamiento de mi dolor? Sé bueno, padre, como siempre lo has sido para mí. Tú mismo asegurabas que más que un padre, querías ser el amigo y consejero. Haz lo que te pido. Domínate, y aguarda a Cheij Khan que no ha de tardar. Y ¡si no me comporto como una digna hija tuya, entonces, derechos tienes a hacer lo que más te plazca!

Diego Lucientes besó en la frente a su hija:

—Confío en ti, Gaby. Haré lo que tú quieres.

* * *

Cheij Khan descabalgó ante la verja de la morada de los

Lucientes, y como tenía por costumbre, entregó las riendas a un lacayo.

En el tiempo que llevaba "mintiendo" amores a Gabrielle Lucientes, una extraña transformación habíase ido forjando en su alma.

Él, que se había jactado de no saber ya cuándo decía verdad o mentira al declamar bellas frases amorosas, iba percibiendo que muchas veces, sin que su cerebro las plasmara, imágenes delicadas acudían a sus labios, haciéndole emitir frases cuya absoluta sinceridad era él mismo en sentir que aquella rareza debíase a algo nuevo.

Y desde hacía unos días, había llegado a la conclusión de que el milagro se había realizado: su alma no estaba tan endurecida como creía. Amaba.

Amaba a la que empezó a cortejar tan sólo con la vista puesta en su gran fortuna. Sólo un cariño había hasta entonces tenido: "Karis", el chacal reidor, muerto por Bu-Djema.

Y ahora, la ingenua entrega de la bondadosa alma femenina, actuaba en él como un soplo de brisa fresca aventando turbias sensaciones. El amor de Gabrielle Lucientes era para Cheij Khan, el hijo del Pirata Negro, algo tan necesario ya como su afán de lucha...

Al entrar en el salón donde acababa de precederle un lacayo, saludó a usanza árabe al que en pie, le miraba cejijunto.

Colocóse la mano en el corazón, la ascendió hasta la frente y después la aplicó en sus labios.

—Buenas noches, Diego Lucientes. ¿Vuestra hija?

Miró Lucientes unos instantes al atractivo adolescente, cuyos dieciocho años aparentaban muchos más. El propio Cheij Khan mentía con agrado, confesando veintidós años...

Algún significado demasiado evidente debía tener la mirada de Lucientes, por cuanto Cheij Khan, que escasas veces había hablado con su futuro suegro, preguntó con su reposada entonación:

—¿En algo os he faltado, Diego Lucientes? Poco ha sido nuestro trato para haber dado motivo a ello, fío quiero sufrir alucinaciones y por esa misma razón, os suplico me digáis si tenéis algún enojo contra mí. Leo en vuestros ojos la luz que brilla cuando un hombre quiere matar, la fiebre del homicidio. Quisiera estar en error, pero vuestros ojos no me inducen a creer otra cosa.

—Los vuestros ostentan como siempre la adormilada caricia de una fiera en acecho, aunque para las mujeres este especial mirar tenga fascinación dé ternura viril, según comentan. Pero me daréis crédito si os aseguro que ni tengo deseos de hablar de la luz de vuestras hermosísimas pupilas, ni de oír comentarios sobre la menor o mayor cantidad de mortandad que leáis en mis ojos.

—La contenida amenaza que matiza la ironía de vuestras palabras, me hace suponer que tenéis contra mí algún agravio que no acierto a adivinar. Os consiento intemperancias, porque sois el padre de...

—No me perdonéis la vida anticipadamente, jovenzuelo. A otros con tantas o más ínfulas enterré.

La cicatriz vertical de la frente del madrileño semejaba una recta y límpida raya escarlata. Cheij Khan, indolente e idéntico a la "fiera adormilada", mostró sus blancos dientes en sonrisa que era más bien una mueca agradable y forzada.

—No vine en busca de querella, caballero. Desde un principio e ignorando la razón, me di cuenta que no os era grato. ¿Celos de padre que quiere conservar siempre a su alcance a una hija sin amores?

—Demasiado joven sois para alardear de entendedor en mentes humanas, Cheij Khan. Pero ya que de ello habláis os diré que con un gran placer daría mi vida sin con ello supiera que vos me precedíais en el último viaje sin vuelta.

—¿Qué acusación tenéis contra mí que os inspire este deseo tan sanguinario?'

—La más grave que puede hacérsele a quien de hombre presume. La de ser un farsante, la de .ser un embustero hipócrita que... ¡Cuidad lo que hacéis, chacal!,

Y a la par que hablaba, retrocedió Lucientes un paso, para mostrar en su diestra una pistola que rápidamente acallaba, de desenfundar.

Cheij Khan, tensos los ágiles músculos tendinosos de sus piernas de acróbata, presto al salto, seguía mostrando la silenciosa risa del chacal...

—Estáis calificándome asaz duramente, Diego Lucientes. Hasta hoy quien se atrevió a ofenderme, pereció. Pero hay de por medio vuestra hija...

—¡No! De por medio hay esto-y movió lentamente la pistola Diego Lucientes. —¡Esto que todo lo va a solucionar!

Corriendo, una esbelta figura revistiendo ropas masculinas, vino a colocarse entre el que encañonaba y entre el que, vigilante y preparado a saltar, se enfrentaba con el airado expirata.

Gabrielle Extendió ambos brazos y cada una de sus manos tocó en el pecho de cada uno de los dos que se disponían a acometerse.

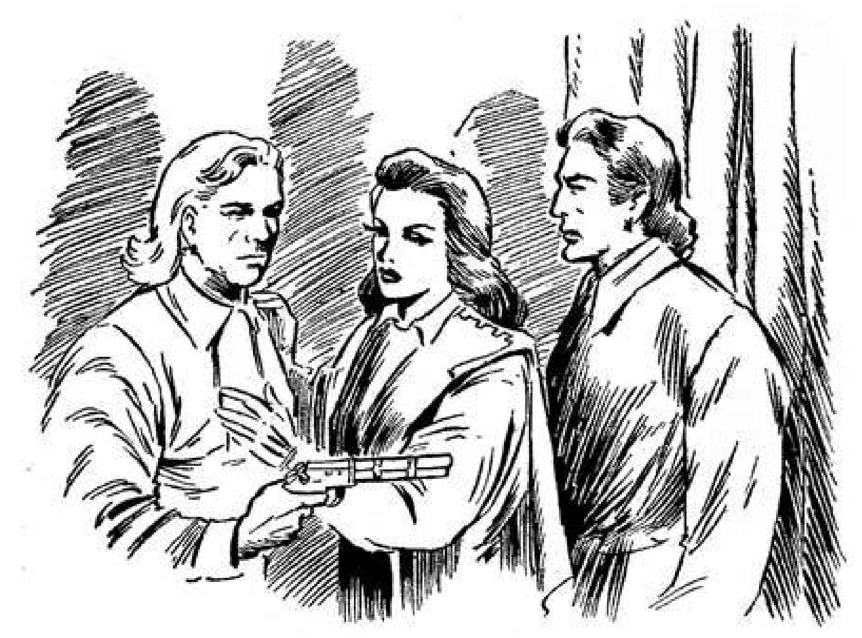
—Tengo verdadera curiosidad por saber qué es lo que os iba a convertir en contrincantes-dijo con voz tranquila, pero su rostro vuelto hacia Diego Lucientes expresó una patética súplica.

Cheij Khan ante ella, distendió los músculos, y volvió a ser la pacífica fiera adormilada.

—Ignoro las causas por las que inesperadamente este caballero me ha tildado de farsante e hipócrita. Un gran esfuerzo he tenido que realizar para lograr recordar que este caballero no puede ni debe ser enemigo mío.

La diestra de Gabrielle presionó en el antebrazo paterno.

—Celebro que mi oportuna llegada haya zanjado un momento difícil. Apaciguaos, padre, porque seguramente habréis estado injusto con mi prometido. ¿Quieres sentarte, Cheij?



—¡No! De por medio hay esto.

—Tu menor deseo es para mí una orden.

Diego Lucientes quedó en pie tras el sillón que ocupó su hija; Estaba perplejo ante la extraña actitud serena de Gabrielle.

Cheij Khan ofrecía más que nunca el aspecto de un distinguido joven, de soñador semblante.

Su mano esbozó un gesto que tuvo cierto empaque.

—Mucho te he de querer, Gaby, cuando dejo sin castigo las ofensas que me ha inferido este caballero.

—Este caballero es mi padre, Cheij.

—A mis ojos esto le concede libertad para ser injusto conmigo. Pero ruégale, que no vuelva a cometer imprudencias. Mi sangre hierve con prontitud, y ante insultos o amenazas, un velo rojo empaña mi visión. Me eduqué en escuela de lucha, muerte y dureza.

—La misma en que mi padre vivió hasta llegar a ser maestro en-sus enseñanzas.

—Prometiste no revestir más estas ropas, Gaby-dijo Cheij Khan, señalando el atuendo masculino de la amazona.. —Estás encantadora con ellas, pero tú misma afirmaste que hasta conóceme las llevabas como un símbolo que significaba tu ausencia de amor.

—Con estas ropas te conocí. ¿Recuerdas, Cheij, cuando me confundiste con el paje de la mujer de ojos azules, la castellana de Civry, que después gracias al mismo paje la conociste a ella? ¿Recuerdas las bellas palabras que le dijiste al que creías un paje, refiriéndote a la impresión que afirmabas te había causado Gabrielle?

—Aun estando presente este caballero, es para mí como si no existiera y muy devotamente te repito lo que entonces te dije.

—No a mí, sino al paje-corrigió Gabrielle.

—Le dije al que creía Toinon Lemarchand, que yo vivía la existencia libre de preocupaciones del viajero sin amores. Y que ver a Gabrielle y quedar malherido todo había sido lo mismo…

—…Como el fulgor de un astro en un desierto, como el rocío besando la hoja seca, como la brisa de primavera purificando el aire' —recitó ella, cerrados los ojos.

—Todo eso fue al verte. Y era mi infortunio, porque debía alejarme, debía partir…

—Le dijiste al paje, y yo, Gabrielle, te escuchaba anhelante, que muchas noches desvelado, soñabas en alguien a quien rendir

vasallaje de amor, y que fuiste forjándote la imagen ideal de la mujer soñada. Cuando el sueño se apiadaba de ti, tu última visión era idéntica a la figura de Gabrielle. Hablaste de sus ojos claros sin tristezas, ni posos de olvido, de su beca sonriente, de dientes como perlas y labios como rosas sangrantes. De sus cabellos donde el sol y la llama se mezclaban… Y cuanto me decías, creyéndome el paje, lo bebía yo anhelante, como una niña sedienta de ternura de amor.

Cheij Khan miró por un instante a Diego Lucientes, pero éste sólo contemplaban la que hablaba. Percibía algo extraño en aquel recordar en presencia de Lucientes, pero la seguridad en sí mismo, y la certeza de que Gabrielle le amaba, le devolvió la confianza.

—Grato es recordar los bellos momentos, Gaby.

—Luego me dijiste que tenías que volver a tu tierra árabe, y que tratarías de olvidar contando las arenas, del desierto y rogando a tu dios que te concediera una pronta muerte en lucha contra las hienas que exterminan a las caravanas, y al solitario caminante. Y oigo aún tu cálida voz sincera de vibraciones, al decirme que cuando tu cuerpo fuera enfriándose invadido por el zarpazo de la muerte, en tu espíritu el último aliento susurraría mi nombre.

—Y el paje Toinon me acusó de cobardía si huía.

—Porque el paje podía decir sin desdoro de su pudor, lo que sentía la mujer. El paje te aconsejó que fueras a París, que hablaras con ella, y que trataran de que Gabrielle supiera que era tu ideal de prometida. Y gradas a su ropa de puje y a la obscuridad del crepúsculo, yo pude decirte que debías intentar la suerte, porque si Gabrielle era llamada la inconquistable, debíase a que nadie supo hallar eco en su corazón.

—Obedecí el consejo del paje Toinon Lemarchand.

—Acusaste antes a mi padre de intemperancia y de ofensas. ¿Por qué te llamó farsante y embustero? —y Gabrielle no alteró la tranquilidad de su pronunciación para añadir:— No hizo más que reproducir la verdad, que yo te repito. Eres un embustero farsante, Cheij Khan.

El hijo del Pirata Negro empalideció.

—Ni en tus labios adorados y adorables, consiento chanza tan impropia de tu inteligencia, Gaby.

—La salvaje independencia de tu carácter, te hace creer con derechos a nada tolerar. Vas a tener que tolerar muchas cosas de

ahora en adelante, Cheij Khan. Cuando por segunda vez te entrevistaste con el paje, sabías ya que era yo la propia Gabrielle, y fingiste ignorarlo. ¿No es esto farsa? ¿No es esto embuste?

Rió silenciosamente Cheij Khan. Sentía alivio.

—Empezaste tú la farsa, Gaby. Una comedia del enredo, que yo me vi obligado a continuar. Tú misma has reconocido que tu pudor de mujer te vedaba decirme lo que podía exponer un paje. Cierto, que después de nuestra primera entrevista, el propio y verdadero Toinon Lemarchand, si él darse cuenta, me descubrió el equívoco. Y yo no te desenmascaré porque también el crepúsculo y tu ropaje me permitieron hacer mi declaración de amor a Gabrielle.

Vaciló unos instantes ella, y seguro de su triunfo, prosiguió Cheij Khan:

—Si por este inocente silencio que guardé, este caballero y tú me acusáis de farsante, acepto la imputación.

—Hay más, Cheij-dijo ella —. He meditado dos largas horas, y he fortalecido mi ánimo, en forma tal, que no sólo visto ropas de hombre, sino que he logrado actuar como si fuera realmente el paje, que contigo discute lo que a Gabrielle atañe. A ella le dijiste que un abismo te separaba porque era rica y tú no tenías más fortuna que tu espada y tu caballerosidad. Esta fue la mayor de tus mentiras.

Cheij Khan levantóse lentamente, cruzando los brazos.

—Reinsistes en la ofensa, Gaby.

—¡Farsante! —y saltó ella en pie—, Me has mentido amores, con falsas palabras que me parecían sinceras y que embargaron mi ánimo. No te hablo como mujer del desprecio que me causa tu actitud de vulgar cazador de dotes. Esta misma tarde, una dama que bien sabía lo que hablaba, aportó el testimonio de que tú, al separarte de ella, aseguraste que no te resultaría nada difícil lograr mi mano, porque con ello obtendrías un rico y cómodo vivir. No aduzcas que es testimonio de mujer calumniadora. Mi padre ha comprobado la veracidad de lo que ella vino a decirme. Lo que he sufrido y sufriré quizá te halague, Cheij Khan. Añade un nuevo lustre a tu blasón de seductor. Pero, también tú un día sufrirás... ¡No quiero volver a verte! ¡Palabra de amazona! Podré a solas llorar, pero ante ti, Cheij Khan, te escupo mi desprecio, por haber jugado con mi alma y en primer amor, desilusionarme para siempre.

Había ido avanzando ella hasta que su rostro casi estuvo rozando el de Cheij Khan.

—El pensamiento tuve de darte muerte, Cheij-y ahora volvió a recuperar el dominio de sí misma, hablando en voz baja —. No puedo... También mi pudre sabrá sobreponerse y no vengará en ti el ultraje que me has inferido. No hablo de mi dinero... ¡Hablo de mi amor que has manchado con tu fácil elocuencia de cortesano aventurero! ¡Vete, Cheij Khan, y ojalá el destino te condene a la zozobra que ya para siempre has dejado en mi alma!

Lo que siguió fue tan sorprendente, que .Diego Lucientes, a la expectativa y dispuesto a intervenir, quedóse inmóvil.

Cheij Khan dobló la rodilla, e inclinando la cabeza, besó la mano que Gabrielle retiró prestamente, sonrojándose...

—Primera vez, Gaby, que me arrodillo y suplico. Pido que me oigas. Debes escucharme. No me importa que ante nosotros dos, terceros oídos sepan la verdad.

—¿Verdad en tus labios?

—Cuanto me dices, acalora mi sangre y, sin embargo, mírame arrodillado y suplicante.

—¿Piensas negar que tu propósito fue desposarte con mujer de dote considerable?

—No lo niego. Este fui mi propósito al ir hacia Civry. Lo siguió siendo al principio de conocerte... Debería matar a Adelaida de Chamfort por haberte revelado la verdad tan bruscamente...

Y la “voz oculta”, que, contra su voluntad hacía a veces hablar al que ni sus oyentes ni él mismo sabían era hijo del Pirata Negro, habló:

—A medida que fui adivinando tu bondad, tu delicadeza, tu sensible alma, purificó mi pensamiento, Estoy enamorado de ti, Gaby, y quisiera que como yo, fueras pobre, para que no se interpusiera entre nosotros lo que todo lo mancha: el dinero. Debí revelarte mi primera intención, y ahora con justicia no me acusarías de farsante. ¡Ya no hay farsa, Gaby! Te quiero... y sin ti, la vaciedad de mi vida será insoportable. ¡Te juro que soy sincero! Para mentir, de rodillas no estaría, que bien supe en pie portarme como un canalla.

La diestra de Lucientes apoyóse en el hombro de su hija, pero Gabrielle, en vez de ceder, sacudió los cabellos con furor.

—¡No! No creas que vas de nuevo a engañarme. Mi padre me contó una fábula de un poeta español. La del pastor y los lobos. ¿No la conoces, Cheij? Levántate, que de rodillas empequeñeces aun más tu parquedad do espíritu.

Cheij Khan siguió arrodillado, inclinada la cabeza.

—Para burlarse de los ingenuos pastores, había un pastor que clamaba pidiéndoles auxilio, pretextando que el lobo atacaba a su rebaño. Los ingenuos pastores acudieron varias veces... Después, hartos del engaño, no hicieron caso cuando oyeron pedir auxilio... Y aquella vez era cierto, porque los lobos devoraban el rebaño del farsante embustero.

—Quien una vez mintió, no tiene fuerza para ser creído. Lo reconozco, Gaby. Antes dijiste que ojalá sufriera. Sé ya lo que es, desde que te oigo hablarme despreciativamente... ¿Dónde está la cariñosa amiga? ¿Dónde está el consuelo de mis horas?

—No te pongas patético, Cheij —rió ella, húmedas las pupilas y reclinándose contra Lucientes—. Me das lástima...

Levantóse Cheij Khan, brillantes los ojos, líe un salto... Pero de nuevo la “voz oculta” serenó su arrebato.

—Todo lo merezco, si de ti procede, Gaby. Te quiero y has de ser mi esposa.

—Te quise, Cheij, tanto... como ahora te desprecio. ¡Antes monja que contigo casarme! ¡Palabra de Gabrielle Lucientes! Puedes irte, Cheij y busca heredera más rica. Te será fácil. Sabes mentir tan sinceramente, que te creerá la que elijas.

—Sólo tú podréis iluminar mi vida. Los niños que nunca hemos tenido regalos, los niños que hemos vivido duramente, siempre le tememos a los dones del cielo. Y tú eres...

—Yo soy la que es totalmente inconmovible a cuanto puedas decir. Pero óyeme bien antes de irte, Cheij. El menor daño que sufra cualquier persona de mi afecto, que de tu mano provenga, lo pagarás con creces. Los tormentos que puedas haberme inferido, los centuplicaría en tu cuerpo de saltimbanqui... Tu alma no sufrirá, porque careces de ella, pero los sufrimientos físicos sí hallarían eco en tus libras.

—Nadie me amenazó... Pero tú eres libre de decirme cuanto quieras. Juro que ninguno de los que por razón de afecto te sean fieles, tendrá nada que temer de mí.

—Vuelve a tu Arabia, o muérete en donde quieras, que ya esta es la última vez que me ves y me hablas.

—No-dijo, dulcemente, Cheij Khan —No.

—Como amazona te hablo y no como sensiblera damita.

—Tu ropa es disfraz con el que no puedes encubrir tu feminidad. Y a llora tus palabras son disfraz de tus sentimientos. Puedes prohibirme que te visite, que te hable… Pero no puedes impedirme que te vea.

—Me voy de París.

—Donde vayas iré. En tu sombra he de convertirme. No he de padecer mustiándome a solas. Quiero verte y nadie podrá impedírmelo. No temas, que he jurado que ninguno de tus servidores daño tendrá a mis manos. Este mismo caballero desea matarme y no lo hará, porque él y yo somos mutuamente “tabú”. Quisiera que un fuego milagroso fundiera hasta la última onza de oro que posees, Gaby… Quisiera que sola y sin amparo te hallaras. Y que mi constante sombra, te hiciera comprender que ahora, ¡ahora soy sincero al jurar que tú eres mi obsesión y que a través de cuantos obstáculos quieras oponerme, has, de ser mi esposa!

—¡Antes muerta!

—Repámpanos —rezongó Lucientes—. Hora es ya de que intervenga. Te felicito, hija, porque estás muy varonil, pero prolongar esta discusión es absurdo. A nada conduce. Tu dignidad ha reaccionado muy virilmente y en cuanto a vos, jovenzuelo, estáis ya de sobras. Por ahí se va a la calle. Abur.

Gabrielle Lucientes estaba ya en los límites de la resistencia al forzado papel que se había impuesto. Sin mirar a Cheij Khan, salió corriendo de la estancia.

Cheij Khan la siguió con la mirada, basta que sintió en sus hombros el contacto de unos dedos que limitáronse a rozarle.

Retrocedió como sí le hubiesen golpeado…

—No tengo suficiente paciencia para saber ser el padre adecuado, que o bien azota a su hija, o bien mata al ofensor. Os habéis burlado de ella, y dad gracias a que ella sería la primera en reprochármelo, que a esto debéis el que sigáis en pie. Pero no abuséis de esta situación. ¿Qué demonios es eso que habéis dicho de que ambos somos “tabú”? ¿Eso de “tabú” es un perfume arábigo, al uso de huríes de harén?

—Hay menos hosquedad en vuestra mirada, caballero. Casi hay amabilidad en vuestras palabras y ríe en los frunces de vuestros labios una divertida expresión sin íntima alegría.

—Oídme atentamente, mozuelo. Vos aparecisteis para turbar la paz en que mi hija vegetaba. Habéis confesado, con el puñal al cuello, que vinisteis husmeando la dote. Tardía sinceridad. ¿Sabéis porque ahora me río a carcajadas que bailotean en mi tripa? ¿No lo adivináis?

—Soy saltimbanqui, como dijo Gaby, pero no faquir.

—Os creí dotado de tal cualidad, porque antes supisteis verme con ansias, de asesinaros y después habéis visto qué me han desaparecido estos buenos deseos y que estoy divertido, pero sin alegría. Ella, no se habrá dado cuenta quizá, pero yo, más ducho en estos embrollos, he sabido adivinar que el arrodillaros os costó un esfuerzo enorme, a vos que tenéis músculos que se descoyuntan como si fueran de trapo mojado, aunque de acero sean. Fuisteis sincero… al fin, Cheij Khan. ¡Vos estáis perdidamente enamorado de Gaby! ¡Y lo celebro! ¡Ojalá que a solas derraméis tantas lágrimas que os pudráis! ¿Duele amar y no poder encontrar la plenitud compartida? ¡Aguantaos! Por lo que ella puede estar soportando, os deseo un infierno de penas… Y ahora, que ya estoy satisfecho, aclaradme lo de “tabú”.

—Os tolero…

—Menos tolerancia, don Juan. Que os doblo la edad y por menos de un real os doy un soplamocos.

—Ni vos podéis ni yo quiero lucha. En tierra africana, hay seres con poder para conceder la prerrogativa de intocables. Cuando por realeza o jefatura determinan que alguien es “tabú”, para mí, y yo lo soy para vos, porque ella… diga lo que diga, me ama.

—Le dais asco, jovencito. Que quien mucho quiso, transforma en odio la primera desilusión.

—El tiempo dirá. Ante vos, como ella ante los dos, alardeó de virilidad, no quiero exponer cuantos sentimientos arañan ahora mi pecho.

—¿Os, habéis tragado un gato vivo? Dejadme de monsergas, que no soy yo una doncella sentimental.

—Vuestra sombra he de ser. Id donde queráis, pero permanentemente os seguiré. Y si alguien osara pretender a la mano

de la que me pertenece, sabrá quién es Cheij Khan, “el Chacal”.

Estaba ya en el umbral el hijo del Pirata Negro, cuando Diego Lucientes, comentó:

—No os fiéis demasiado del “tabú” ese. Un día puedo amoscarme, si os ponéis excesivamente pesado como sombra y habrá un chacal menos.

Cheij Khan limitóse a inclinar la cabeza, mientras se llevaba la diestra al corazón, a la frente y a los labios.

Desapareció… y Diego Lucientes no quiso subir a la alcoba donde se había encerrado Gabrielle, porque sabía que la valiente amazona, a solas, no era más que una mujer llorosa y dolorida.

Capítulo III

Civry

Semihundidos en un pajar, dos individuos parecían sestear amodorrados por la caliginosa atmósfera que amarilleaba la campiña circundante.

El pajar cónico, rematado por un palo cubierto por una caperuza, estaba colocado a espaldas de una granja, cuyos altos muros posteriores, proyectaban una sombra placentera, aunque a la vez resguardaban las porquerizas.

Jean Crecy, uno de los ociosos, ancho, rechoncho y de beatífica sonrisa, había sido antes de entrar como "prevost-d'armes" al servicio del castillo de Civry, uno de los más expertos espadachines franceses.

Su inseparable, Marius Languedoc, alto, esquelético, de lacios bigotes y tristona mirada, también estaba como "prevost-d'armes" alojado en el castillo que se divisaba desde la granja de los Lemarchand.

Emitió un suspiro profundo, que tuvo la virtud de arrancar de su plácido sopor a su compañero, que le miró sorprendido, dándose vuelta en la paja, para mejor contemplarle.

—¿Otra vez, Marius? ¿No estás ya curado? ¿No se esfumó totalmente tu romántica pasión por la amazona?

—Curado estoy-dijo, fúnebremente, el aludido —. Me supuse que la medicina que me dictaminaste era inútil, aunque la seguí por lo mucho que te aprecio. No tenía confianza, porque en cosas de amor, fallan los consejos ajenos.

—Yo no soy un "ajeno", puesto que soy tu buen amigo-reprochó, severamente, el parisino.

—Entiéndeme, Jean, que yo al decir ajeno me referí a corazones. Cada corazón es un problema, un misterio y un ahogo. Pero una

parte de la medicina ha actuado.

Y Marius Languedoc extendió uno de sus largos brazos para señalar el muro posterior de la granja, de donde las porquerizas exhalaban recalentadas por el sol que en el techo caía, un vaho poco grato;

—Lisette era el antídoto contra tu romántica pasión imposible, Marius —sentenció doctoralmente, Jean Crecy—. Sus lozanos colores, su rolliza estatura saludable, la frescura de su aliento y de su piel, son realidades que todo lo curan. Realidades que vencen al imposible amor romántico.

—Sí. Tan realidades, como el consejo que me diste de comer mucho, beber mucha sidra y dormir cuanto más pudiera. ¡Ah!

Volvió a suspirar Marius Languedoc. Jean Crecy le miró de nuevo sorprendido.

—¿Qué nueva dolencia te aqueja, Marius?

—Estoy sano. Estoy curado. El día es hermoso. Todo me sonríe y la vida es bella.

—Entonces, ¡por mi capa! ¿qué necesidad tienes de suspirar como buey en celo?

—Me apena observar la falsedad de cuanto dicen los que riman líneas iguales y declaran con palabras finales que terminen al mismo son, que la ausencia exacerba el amor. Bastó que ella se fuera a París, y estuviera en la capital un mes, para que yo fuera olvidando y enamorándome de Lisette Lemarchand. Y también me apena comprobar que los alimentos y el reposo son la panacea que ahuyenta el espíritu amoroso. Poca cosa somos, Jean. Somos, por más que pretendamos lo contrario, unas bestias.

—Nunca pretendí lo contrario. Eres una bestia, Marius. ¡Hola, Lisette! —saludó Crecy, viendo acercarse a la rolliza granjera.

Los dieciocho años de Lisette tenían todo el sabor rústico de la saludable campesina. Apoyaba en su cadera un jarro de “gres”, rezumando gotitas y colgante del otro brazo llevaba una cesta, que dejaba entrever frutas, pasteles y embutidos.

—Buenas tardes, “messire” Crecy —dijo ella acercándose, y mirando al otro espadachín, susurró:— Hola, Marius.

—Hermosa estás, Lisette-dijo Languedoc, demostrando que su languidez era sólo un aspecto de su personalidad engañador, porque de un salto vino a enlazar el talle de la granjera, depositando en sus

mejillas dos sonoros besos.

Ella, ruborizándose, dejó caer la cesta, que no esparció en el suelo su contenido, porque también con la misma agilidad, ya estaba Crecy en pie y sujetándola amorosamente con un brazo, mientras que su mano extraía una morcilla.

—¡Amar, comer, beber y cantar! ¡Estas son las grandes verdades humanas! —canturreó Jean Crecy, sentándose de nuevo con la cesta entre las piernas.

Marius Languedoc, sin soltar el talle de la granjera, vino a sentarse con ella junto a su amigó. Ambos devoraron con una fruición, que regocijaba a Lisette Lemarchand.

—Razón tenías, Jean —comentó Languedoc, masticando a dos carrillos—, al afirmar que lo platónico conduce a la melancolía. Más vale una indigestión que suspirar al claro de luna.

La sombra invadía el pajar, pero una nueva sombra y esta humana, hizo que Lisette saltara en pie, como si entre las briznas un aguijón hubiera mordido sus carnes.

Antoinon Lemarchand, rubicundo, achaparrado y de rostro surcado por venillas azules que moteaban su roja piel, aproximóse para quedar detenido, apoyadas ambas manos en un cayado de grosor enorme.

—Hola la compañía-saludó entrecerrados los ojos —. Buen apetito tengáis, señores maestros.

—Gracias, “père” Lemarchand —agradeció, ingenuamente, Languedoc.

Más avispado, Jean Crecy presintió tormenta... Antoinon Lemarchand era normando, por tanto cauto y prudente, a la par que avaro. Pero sabía Crecy que los normandos pelean poco y bestialmente... Miró el cayado y sonrió amigablemente, apartando la cesta.

—Una tarde magnífica, ¿no es verdad, “père” Lemarchand?

—Si no cae pedrisco, sí. Recoge la cesta, la jarra, y tus piernas y vete al establo. Hay que ordeñar y pronto.

Lisette agachó la cabeza y partió desconsolada. Quería escuchar, pero el cayado de su padre, vencía su curiosidad.

Antoinon Lemarchand, por entre su boca desdentada, lanzaba salivillas al ir aumentando el diapasón de su ataque verbal:

—Habéis venido de París, para arruinarme, cortesanos inútiles.

Varias son ya las tardes que en una sola comilona habéis deglutido tres morcillas, cuatro empanadas, un jamón, dos “terrinas” de hígado de pato trufado, dos docenas de manzanas, y dos jairas de sidra. ¡Ah, pero no les basta eso a los señores de París! No les basta adormilarse en mis pacas de heno, o en los pajares, sino que necesitan, además, atontolinar más de lo que normalmente lo está ya, a Lisette, la loca boba que se deja, engatusar por los modales parisinos.

—Mi amigo es del Sur —rebatió, dignamente, Crecy.

—Ceñís espadas y yo un bastón llevo... —acaloróse Lemarchand —. Pero antes de que caiga el pedrisco, contestadme vos, el amigo que se permite besar las mejillas de Lisette, ¿no os da vergüenza vaciar mis alacenas y encima retozar...

—¡Deteneos! —dijo Languedoc, poniéndose en pie. Su ademán Fue tan solemne que impuso respeto al propio normando—. Estáis ofendiéndome gravemente, “père” Lemarchand. Todos los grandes caballeros de París os dirán que a honradez nadie iguala a Jean Crecy, mi amigo, y a Marius Languedoc, vuestro servidor.

—¿Pretendéis también atontolinarme con peroratas? ¿Qué otra cosa sino burlar es vaciar mis alacenas, alimentando vanas esperanzas en la pobre Lisette, que antes dormía y ahora no duerme, que antes me servía bien y ahora ordeña los cerdos, y les da piltrafas a las vacas?

—Soy el culpable-suspiró Languedoc —. Lo admito. Tengo, pues, el honor de pediros la mano de Lisette.

Antoinon Lemarchand vaciló unos instantes y cuando iba ya a levantar su cayado, la mano de Jean Crecy le golpeó.

—¡Feliz sois, “père” Lemarchand, al llevaros por yerno a esta perla sin igual! Un caballero cuya espacia le vale veinte luises al mes, y que cuenta con ahorros. Comprendo que la emoción os embarga. No digáis ni una sola palabra más, “père” Lemarchand. Os comprendemos perfectamente. Estáis enajenado de satisfacción.

Pero el normando no se amilanó.

—¿Es burla o es de veras, señor Languedoc?

—Suspiro por estar ya unido en lazos matrimoniales a vuestra encantadora hija.

—Vamos por partes, señor. Ella indudablemente consentirá, pero falta saber si yo consentiré.

—Soy honrado a carta cabal, no bebo entre comidas, no mantengo relaciones, con ninguna mujer, me acuesto a las diez y me levanto con el sol.

—Todo eso me tiene sin cuidado —replicó Lemarchand.

—¿Cómo, cómo? ¿No apreciáis las dotes de mi amigo? —protestó, suavemente, Jean Crecy.

—Eso es lo que yo aprecio-y frotóse el granjero las yemas del índice y el pulgar —. ¿Con qué contáis para mantener a Lisette?

—Apenas se extingan los últimos ecos de las campanas anunciando la feliz boda-declamó Languedoc-tiene Lisette empleo de doncella al lado de la señorita de Civry. Así me lo ha prometido el señor Lucientes.

—No basta.

—¡Por mi capa! ¿Sabéis que sois más exigente que el padre de una baronesa?

—Al irse ella, me quedo sin moza de establo. Tendré que alquilar una de Angulema. Me costará tres luises al mes y la comida-mintió Lemarchand, aumentando en dos luises el salario.

—Asunto arreglado. Mientras goce de vida-declaró Languedoc-os remitiré todos los meses tres luises. ¿Trato?

—Topa —dijo, entusiasmado, Lemarchand—. Sois dos gentilhombres honestos, a fe mía. Choquemos las manos, porque sois honestos, sí.

Al terminar la “ceremonia” sintió el normando un escrúpulo. Había vencido demasiado rápidamente.

—Bien, queda un asuntillo sin importancia. La primera merendola la olvido. Os invito. Pero las otras... suman casi cerca de veinte luises.

—Como paga y señal, tomad esos cinco luises. Los otros, quince os los enviaré, o la misma Lisette os los traerá.

—Topa. ¿La boda? Aquí en el campo lio queremos perder el tiempo. Lisette no me sirve ya para atender las faenas. Arranca pétalos de margarita y se asoma por las noches a la ventana, consultando las estrellas. Durante el día, parece, pues, una sonámbula. ¿Cuándo la boda?

—Fijad vos mismo.

—Mañana.

—¡Por mi capa! ¡Ni que fuerais, vos la novia! —gritó Crecy,

dándose palmadas da satisfacción en los muslos.

—Y no veréis a Lisette hasta mañana a las diez en la capilla de Angulema. Yo sé lo que me hago. Aceptad o dejadlo, señor Marius.

—No comprendo por qué, pero, en fin, transijo. Trato hecho.

Dirigiéronse los dos espadachines a sus caballos y poco después alejándose, suspiró Languedoc.

—Heme ya convertido en el esposo de Lisette. ¡Es dulce como un pastel de crema y alegre como unas espuelas!

—Serás feliz, Marius —sentenció Crecy—. ¡Y por tres luises al mes, has logrado la felicidad.

Oyéronse repicar unos zuecos en la carretera. Volvióse Languedoc, y contempló complacido el vaivén de contoneos con el que, corriendo, Lisette Lemarchand avanzaba hacia ellos.

—Me he escapado-dijo, al llegar —. Dice padre que mañana a las diez, vos... vos y yo, nos casamos, Marius. ¿Juráis que es cierto?

—Mañana a las diez, Lisette, amor mío, serás mi esposa.

—No me dijisteis... hasta ahora que... pero ¡yo os quiero!

Y corriendo aun más precipitadamente, alejóse la granjera.

Jean Crecy rió sonoramente. Marius Languedoc se acarició el bigote con ademán modesto.

—Es un encanto mi esposa, ¿no te parece, Jean?

—Lástima que no tenga una hermana. ¡Por mi capa! Esas vírgenes rústicas... ¡Por mi capa! —y asió del antebrazo al otro jinete—. ¡Ahí está!

—¿Quién?

—El fantasma, el misterioso espía...

Siguió Languedoc la dirección de la mirada de su amigo y divisó sentado al pie de un árbol a Cheij Khan, junto al que un hermoso caballo blanco triscaba hierba del prado.

Detuvo Marius Languedoc su caballo, a la par que Crecy.

—¿Tú entiendes, algo de algo?

—Nada de nada, Marius.

—Ese caballero ronda el castillo. Cada vez que la señorita sale, está él por los alrededores. No se acerca, no le habla, no la saluda... Y sin embargo... ¡se conocen! ¿Qué misterio hay?

—Y luego, el señor Lucientes., siempre tan claro en sus cosas, a su regreso de París, nos advirtió que contra el caballero que respondía a las señas de este pacífico joven, no debíamos luchar ni

provocarle, aunque discutiera con la señorita. ¿Comprendes algo de algo?

—Nada de nada, Jean.

—¿Y si fuéramos a hablarle? Quizá él... Tiene un aspecto muy agradable. Es un caballero de buen ver. Tendrá apenas veintidós años. Y es fuerte, ¿sabes, Marius? Aunque esbelto... No es amigo de los señores, ni enemigo. ¿Qué es, pues? ¿Intentamos resolver el misterio?

—Vamos a ello. Pero ya sabes. No debemos, provocarle.

Los dos picaron espuelas, hasta desmontar frente al paraje donde Cheij Khan meditaba.

Saludó cortésmente Jean Crecy tomando la palabra:

—Buenas tardes, caballero. ¿Os importunamos?

—Por el instante, no. El campo es libre. Hierba hay para los caballos, cómodo asiento para los jinetes.

—Os presento a mi amigo Marius Languedoc: Él y yo somos maestros de armas al servicio de los señores Lucientes, que, sin duda, conoceréis.

Cheij Khan no replicó. Miraba a lo lejos,...

—He hecho una apuesta con mi amigo y espero no os molestéis por ello. Ya sabéis lo que ocurre en el campo. Uno se aburre y pasa el tiempo, en puerilidades. Él apuesta doble contra sencillo, a que vos sois español, pese a que habláis perfectamente el francés.

—Mi nombre es Cheij Khan, y soy árabe-español. Veintidós años ha que nací en un oasis de Mogador. Queda satisfecha vuestra curiosidad, y podéis guardar silencio.

Marius Languedoc retorcióse las caídas guías de su mostacho.

—¡Sabed, caballero, que vuestro tono es impropio de quien os habla educadamente!

Cheij Khan le miró, soñoliento...

—Eres, “tabú”, amigo. Vete.

—¿Qué dice el mostrenco? —se acaloró Languedoc, tomando— por interlocutor al perplejo Crecy —. ¿Qué insulto español me ha lanzado, que no lo entiendo? Sabed que cinco años he residido en España, y el tutear es manifestación de amistad o desprecio. ¡Voto a sanes, que no consiento que me tratéis así!

—Seguid camino. No os busqué. Vosotros vinisteis a turbar mi paz. ¿No puede un hombre aspirar a la soledad? Seguid camino, y

no sabéis la suerte que tenéis al ser “tabú”. Los dos para mí sois “tabú”.

—¡Otra vez! —indignóse Languedoc—. ¿Qué bravata es esa, perro infiel?

—Sólo se le ocurrió esta expresión que había leído en algún libro narrando hazañas de cruzados. La oponía al molesto “tabú”.

Cheij Khan levantóse.

—Porque gozáis del afecto de Gabrielle Lucientes, vuestras vidas están a salvo. Idos.

—El campo es libre-replicó Crecy.

—¡Idos! —y la monótona voz de Cheij Khan subió en diapasón.

Iban ambos a replicar, cuando apartaron las manos de los pomos de sus espadas. Por el camino acercábase Gabrielle Lucientes, a pie, y vistiendo larga falda de terciopelo y corpiño de seda celeste.

—Guedoc, Jean... Idos-rogó, sonriendo —. Quiero hablar con el caballero. Alejaos y esperadme en la encrucijada del puente grande.

Fueronse los dos espadachines, no sin antes deslizar una mirada furiosa al impertérrito Cheij Khan.

Pero al ellos desaparecer, el hijo del Pirata Negro, respiró anhelosamente:

—Cinco días y cinco noches sin oírte, Gaby. Tu voz...

—Tus mentiras no pueden ya nada, Cheij. Te considero gracioso. Me causa hilaridad verte acechando mis pasos. ¿No comprendes que si antes lo fuiste todo para mí, ahora te considero un ridículo galán mentiroso?

Cheij Khan palideció... Lentamente, sacó de la funda su espada.

—Repite que me consideras un galán mentiroso... Repite que ya no soy nada para ti...

—Si te ha de halagar, óyelo bien: antes que oírte de nuevo hablarme de amor, preferiría casarme con el primer hombre que pasara. Ha muerto para siempre el sentimiento que tus embustes me inspiraron. Mi corazón ya no alberga más que indiferencia para ti.

Cogió Cheij Khan la espada por la punta y apoyó la empuñadura en el suelo. Apoyó en el acerado extremo el pecho... y Gabrielle Lucientes rápidamente inclinóse para atraer la empuñadura y colocando horizontalmente el arma, evitar el gesto suicida...

Con la espada en la mano quedóse unos instantes muda. Cheij Khan la miraba implorante...

—Me quieres, Gaby. Sigues queriéndome, porque sabes que si te mentí al principio, luego, para mi desgracia, se convirtió en realidad lo que fingía. Tú eres la mujer soñada y para mí no hay otra en el mundo. No vivo lejos de tu voz…

—¡Otra mentira! —exclamó ella, furiosa—, ¿Crees que lo hice porque me importaba verte morir? Lo hice porque detesto a los suicidas que fingen… Tú no ibas a matarte…



Ella, colérica, avanzó la mano y la punta del acero.

—¿Por qué, pues, apartaste la espada?

—Te mataría porque has envenenado mi existencia.

—Sufro, Gaby.

—¡Ojalá te mueras! —exclamó ella, arrojando al suelo la espada —. Voy a irme, lejos, lejos, donde tú no puedas darme alcance.

Donde no vea tu mentirosa mirada, donde no oiga tus palabras falaces, donde no vea tu presencia odiosa…

—Nos queremos, Gaby. Es el Destino. Tarde o temprano te daré pruebas de mi sinceridad…

—¡Vete!

—Si me lo ordenas, me aparto de tu vista. Pero si del castillo sales mi mirada de amor te seguirá, y, aunque te fueras a las tierras de Mareo Polo, allí te seguirá mi amor.

Volvió ella la espalda y anduvo nerviosamente. Sobresaltóse para tranquilizarse al ver que era Diego Lucientes el que emparejaba su paso al suyo.

—¿Qué juego es ese, Gaby? Estáis los dos empalagosos. Hay momentos en que debe abandonarse la dignidad. Si le quieres, cásate con él, y santas pascuas. Pero no sigas así, mortificándote…

—¿Yo, mortificándome? —y rió ella, simulando diversión—. Me es indiferente.

—Si te lo es, haberle dejado que se embrochara, y también santas pascuas.

—Yo no puedo ver morir ante mis ojos a un hombre, aunque me sea indiferente. Pero-y no miró a su acompañante —¿tú crees que sería capaz de matarse?

—Mentira, hija. Éste no se mata… y entre los dos me vais a matar. Os estuve escuchando, porque desde que este mozalbete ronda tus pasos también yo los rondo. Por un instante me acometió una alucinación.

—¿Una alucinación?

—Sí. ¿Recuerdas a Carlos Lezama?

—Siempre lo recuerdo. Mi compañero de juegos… He sabido que te referías a él porque, cuando hablas del Pirata Negro, dices el “hidalgo Lezama”. ¿Por qué citas a Carlos?

—Con él siempre peleabas y siempre terminabas haciendo las paces. Por unos instantes me recordasteis ambos las escenas en las que os tirabais de las greñas…, solo que ahora os hacéis sufrir más dolorosamente.

—Carlos murió… Si hoy viviera, tendría dieciocho años… Pero lo más absurdo, padre, es que creas que estoy enamorada de Cheij… ¡Le detesto!…

—Es tu obsesión.

—Porque quisiera que sufriera lo que yo...

—¿En qué quedamos, doña? Si te es indiferente, ya no sufres.

—No entiendes ese problema. Mi humillación debe él pagarla.

—En fin, el tiempo dirá... Hola, Jean. Hola, Marius.

—Préstame tu caballo, Jean. Quiero volver sola al castillo.

Montó ella ayudada por Crecy y alejóse al galope. Diego Lucientes quedóse pellizcándose la nariz...

—Bien, bien... Antes decía yo que la mujer era un lindo trasto complicado, pero aun no sabía lo que era una hija. ¿Hay novedades, Languedoc?

—Pediros venia para casarme, señor.

—¡Repámpanos!... ¿Quieres, tú también el día de mañana andar turulato con los amores y desamores de una hija? ¿Quién es la madre?

—Aun no, señor Lucientes-replicó, sonrojándose, el espadachín —. Es Lisette.

—Buen gusto, perillán. ¿Cuándo la boda?

—Mañana, a las diez, en la capilla de Angulema, salvo vuestro mejor parecer, señor.

—Cuanto antes, mejor. Esas cosas no deben reflexionarse demasiado. Y seré tu padrino, si no tienes otro en perspectiva más adecuado.

—Agradezco el honor.

—Tuve siempre por costumbre observar de cerca los actos de salón. Y cuenta con lo prometido. Lisette será la doncella de mi hija, porque es limpia, aseada y hacendosa. Y Gaby la quiere. Pero me vas a hacer un gran favor...

—Todos los que deseéis, señor-dijo Languedoc, fervientemente.

—No te pongas tú también empalagoso, ¿eh? No retoces por los pasillos con la doncella de mi hija. Que tus efusiones sean en privado.

—Bien me libraría yo de cometer inmoralidades ante vuestra hija, señor... —protestó Languedoc, escandalizado.

Rió Lucientes, y estalló Crecy en carcajada,

—No me has entendido, Marius. Nada es inmoral. Es que mi hija es soltera... y le podría dar envidia el espectáculo de una pareja feliz. ¡Bah! Por eso mismo, tienes permiso para abrazar cuántas veces quieras a tu esposa delante las naricitas de mi hija. Abur.

Marchóse Lucientes, y, montando Crecy a la grupa del caballo manejado por Languedoc, sonrióse al oír a éste decir:

—Un gran jefe el señor Lucientes, pero ¿no crees que está algo loco, Jean?

—¿Por qué?

—Se contradice en el espacio de un minuto. En fin, renuncio a penetrar más misterios.

—¡Amar, beber, comer y cantar! —vociferó Crecy—. ¡Y abajo los platonismos y las complicaciones! Creo que también a la señorita le hace falta tu medicina doble: menos vagabundear de noche por los jardines, más dormir, más comer... y un esposo...

—¿Qué insinúas, Jean?

—Que no sé por qué se me antoja que ese Cheij Khan, el misterioso espía, no es más que el hombre que la señorita ama.

—Si así fuera, ¿iba a estar el uno separado del otro? Renuncio. Mañana me caso.

—Eso es. Mañana te casas, y te bastarán tus propios problemas, que aun la más perfecta esposa siempre trae complicaciones. Oye: ¿no sabes si por casualidad tiene Lisette una hermana gemela?

* * *

Diego Lucientes, después de cenar, instalóse en la terraza, donde solía hacerle compañía Etienne Laurent, el preceptor que fue de Mireya de Ferjus y lo era ahora de Gabrielle.

—Pronto fue hoy a acostarse Gabrielle-comentó Laurent.

—Dará veinte vueltas entre sábanas, aporreará otras, veinte la almohada y por fin saldrá como un lindo espectro a oler jazmines y nardos. Eso no puede seguir así, Etienne.

—Vos mismo decís que pasará el trance...

—He odiado los pedantes, que al pie del patíbulo le dicen: “Valor y ánimo, que sólo una vez se muere” al que va a ser ajusticiado. Y también va los que dan el pésame. Son banalidades. Nadie puede hallar consuelo en frases hechas.

—Vos mismo a Gabrielle le decís constantemente que no hay pena que dure cien años.

—Porque no sé decir otra cosa, ¡repámpanos! Pero basta con que dure dos años... Mi hija se mustiará teniendo la constante obsesión de su primera pena de amor. Pero esta noche, mientras cenábamos, he hallado una diversión.

Pareció un mudo reproche la mirada sorprendida de Laurent.

—En táctica guerrera, es diversión distraer la atención adversaria proporcionándole un nuevo motivo, aparte del central, para preocuparse. Se le obliga a no abstraerse exclusivamente en el estudio de una gran operación. Se le hostiga con fintas de flanco... Adoptaré esa táctica. Se acabaron las banales frases o las discusiones. ¿Que ella afirma que no quiere al árabe de las mil y una brujas? Pues le daré la razón. Voy a distraerla,

—¿Cómo?

—Me aburre ser rico y morigerado. Hace ya varios años que me comporto como un santo varón...

—Anualmente hacíais una escapada por Carnavales a París, y en la alquería de Nantes muchas damas y mozas granjeras os conocen más que de simple vista. Conste que no es reproche-se apresuró a añadir el anciano.

—Es envidia, bellaco, que sois ya un carcamal reumático. No me distraigáis con pecadores comentarios... Os decía que me he cansado de ser el santo varón temeroso de escandalizar a su hijita. Si le causo a ella pequeñas preocupaciones, el espíritu materno que alienta en, toda mujer la distraerá, aunque parezca paradójico, de su pena principal. Y, tratando de evitar que me descarríe, le daré una noble misión... y a la vez a mí no me disgustará descarriarme moderadamente como corresponde a mi experiencia.

—Si tenéis la bondad de aclararme en qué consistirá vuestro descarrío, podré juzgar de la eficacia del remedio, que se me antoja vinagre sobre hiel.

—Lerdo sois y torpe, porque siempre vivisteis entre libros y educando damiselas. Si mi hija sigue en Civry, escenario donde habló por primera vez con el salvaje romántico...

—Perdón que os interrumpa, pero he observado que casi le tenéis afecto a Cheij Khan.

—Solidaridad de hombres. Me consta que ahora es sincero. Me consta que sufre..., pero ¡que se chinche! Si hubiera empezado mejor, no estaría así. Pero que le arroje la primera piedra el que nunca haya mentido a una mujer.

—Yo nunca...

—Vos sois una rata de biblioteca, un gusano fétido, mi buen Laurent. Pero, ¡repámpanos!, no me cortéis las parrafadas, que ya

no sé por dónde me ando, y me basta con el par de tórtolos. Mi hija no debe seguir en Civry porque hasta las flores se le antojan promesa de besos que no recibió. Viajaremos... Procuraremos que nos pierda Cheij Khan la pista... y entonces le daré yo ocupación a mi hija. Me gusta beber, pero derramaré frascos en mis ropas. Me gusta pelear, pero llevaré bajo sus ventanas a los que provoque en duelo. Me gustan las mujeres, pero inundaré los lugares donde anclemos de lazos, encajes y misivas.

—¿Es éste proceder de un padre digno?

—¿Dije yo que era un padre digno?

—Lo habéis sido hasta hoy.

—Que en cuenta me lo tengan. Os parecerá original el procedimiento, pero os doy palabra de qué mi nueva conducta distraerá a mi hija.

—Añadiréis una nueva pena a la suya.

—Si las que yo añada le hacen olvidar la principal, por muy gran padre me tendré. Porque entonces me bastará, fatigado y harto, de volver a ser un modelo de burgués, y asunto concluido. Mi hija creerá que me ha redimido de la pendiente, y será inmensamente feliz al yo obedecer de nuevo a la ley moral,

—Mucho queréis a Gabrielle..., y por esto comprendo que, aun al estilo... pirata, intentéis consolarla. Pero os juro que nunca pensé que este procedimiento fuera aconsejable.

—Según para quien, no. Podéis ir haciendo los bártulos. Pasado mañana partiremos de Civry.

—¿Por qué no mañana?.... —sonrió Laurent.

—Mañana soy padrino de boda. Voy a darles a Languedoc y a Lisette el placer de una luna de miel de ricos. Viajarán. Ordenaré que preparen dos carrozas. En una, el equipaje y Lisette. En otra, vos y Gabrielle. Crecy y yo, a caballo. Y Languedoc que salte del caballo a la carroza y de la carroza al caballo. El ejercicio será muy sano.

Etienne Laurent estaba ya acostumbrado al pelirrojo. Levantóse y fue a dar las órdenes.

Dos días después, dos carrozas seguidas de tres jinetes partían hacia el Norte.

Cuando la comitiva llegaba al puerto de El Havre, deteniéndose frente al barco que efectuaba regulares salidas a los puertos

ingleses, un jinete descabalgaba en el mesón de la esquina.

Y las mozas y damas allí presentes intentaron en vano atraer la atención del guapo y esbelto caballero de ojos soñadores, que acechaba a través de la, ventana las operaciones con las que varios marineros cargaban a bordo las dos carrozas.

SEGUNDA PARTE

TIERRAS ASPERAS

Capítulo I

Una hija acongojada

Ansiosamente, Gabrielle Lucientes frotaba el empañado cristal y trataba de perforar la niebla de la calle, mal iluminada por la antorcha y las dos linternas que colgaban de la puerta del lujoso mesón londinense “At Crown’s Royal”.

Eran sólo las cinco de la tarde, pero la bruma del día de octubre ensombrecía el horizonte del dédalo de callejuelas que conducían a la más amplia en que estaba la, hostería en la que desde hacía una semana se alojaban Diego Lucientes y su hija.

Marius Languedoc, Crecy y Etienne Laurent hospedábanse en otro mesón cercano.

Abrió, pese al frío que sentía, la ventana, y llegó claramente a sus olios el ruido de aceros entrechocando.

Pero lo que temía se sobrepuso al entrechocar de espadas. La voz de Diego Lucientes, en un inglés atrozmente mutilado y salpicado de palabras españolas, vociferaba:

—¡Vais a duros cuenta de quién soy yo cuando me pican las manos! ¡Malandrines borrachos! ¡Osar atacar a. “Medio-Brazo”! ¡Toma tú esa, cortabolsas! ¡Y para ti se acerca la mejor!

Oyóse un gemido y dos siluetas fueron agigantándose y haciéndose visibles. Una era la de un desconocido, con todas las trazas de rufián de bajos fondos, que se defendía acosado por los ataques de Diego Lucientes.

Lo que más angustiaba a Gabrielle era oír la ronca voz del que clamaba, a la vez que asestaba veloces estocadas:

—¡Para beber vino hay que vaciar antes muchos barriles, imbécil!... ¿Creíste que por haber bebido cuatro pintas de vuestra amarga cerveza mezclada con jerez iba yo a perder los estribos y me ibais a quitar la bolsa, para cortarme el cuello en una esquina?

¡Toma candela, pescado! Que buena falta hace en esta tierra...

Abrió los brazos el rufián atravesado el cuello y cayó de espaldas hacia atrás. Diego Lucientes dióse cuenta del rectángulo de luz sombreado por la silueta femenina, y exagerando su andar vacilante, se dirigió hacia el mesón.

Subió canturreando por las escaleras que conducían al conjunto de habitaciones del piso primero, enteramente alquilado por él.

Simulaba ir hacia sus habitaciones, cuando una puerta se abrió, y Gabrielle Lucientes, viva estatua del reproche apenado, murmuró:

—¿Otra vez, padre?

—Hola, hola, preciosa pelirroja... ¿Por ventura sois vos mi hija, o tengo ensoñación de belleza? No hay lindas flores de vuestro talla por estas ásperas tierras friolentas.

—Entra, padre. Te prepararé una taza de hierbas yo misma.

Entró Lucientes,.. Sus ropas despedían olor a vino. Frunció las narices Gabrielle.

—Apesta tu vestido, padre. ¿O es tu aliento? Me avergüenza hacértelo saber, pero hay taberneros que huelen mejor que tú. Siéntate, mientras bajo a las cocinas y te preparo una taza de hierbas.

—Las hierbas las va a tomar Lisette, porque yo no soy una vaca.

—¡Padre! ¿Qué palabras son ésas? Me apenas...

—Pero ¿qué he hecho yo de malo? Una copita no sienta nunca mal. Hace mucho frío por éstas latitudes.

—Llegamos a Davenport hace tres meses. Hacía calor... y bebías.

—Para refrescarme.

—Después fuimos a Swansea, y continuaste bebiendo.

—Era agosto, y parecía aquello un horno.

—Hace tres meses que estamos en tierra inglesa... y te has convertido en un borrachín. Perdona, no debería hablarte así, ¿ero eres mi constante preocupación.

—¡Bravo! —sonrió Lucientes—. Me enternece que te preocupes por mí, pero no veo los motivos.

—Te traeré la tasa, y la tomarás, quieras o no, ¡repámpanos!

Y marchóse ella, enojada, a toda prisa. Quedóse Lucientes sonriendo alegremente.

—Esto marcha, padre indigno. Ya duerme todas las noches agotada, y yo, también. Me espera hasta las tres o las cuatro, y

luego se acuesta como una madre contenta de que su niño esté en cuna. ¡Qué tragos, Dieguito! No estaba mal la cerveza... Pero ahora vas a tener que tragar hierba como para cebar veinte reses.

Extendió las piernas, inclinó la cabeza sobre el pecho y adoptó el continente de un embriagado.

Su hija arrodillóse, y, mimosa, ordenó:

—Anda, papaíto. Para darme gusto, vas a beberte la tacita entera.

—No... —rezongó Lucientes—. Eso es una taza grande.

—Verás como enseguida la bebes, sin darte cuenta.

—¿Me prometes darme luego una copita de brandy?

—Bueno.

Enlazando el cuello del que iba bebiendo muequeando la aromática infusión, preparaba ya Gabrielle mentalmente su discurso.

—Ahora, en la tina, te bañas, y mudas la ropa. Después... tú y yo vamos a hablar.

Dócilmente dejóse Lucientes llevar hasta sus habitaciones. Una vez solo, desnudóse para sumergirse muy a gusto en la tina rebosante de agua caliente.

Ya vestido, oyó repiquetear en la puerta.

—Adelante quien sea.

Entró Gabrielle, olfateando.

—Huele a esencia de rosas, hija...., Es mi esencia favorita... después de atravesar brumas. ¡Maldito país! ¿Es que en octubre el sol se larga a España?

—No desvíes la cuestión. Y conversemos mano a mano.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu escandaloso comportamiento.

—Me siento, y, ya me pregunto de cuanto acá la hija tiene derecho a tildar de escandaloso al propio autor de sus días. Corrígeme si me equivoco, pero dicen los manuales escolares que la hija respetará siempre a mi padre. ¿No te han dado educación o qué demonios es eso?

—No te sulfures, “Medio-Brazo”... Aquí no estamos hablando hija y padre, sino tú, “Medio-Brazo”, y yo, Gabrielle. ¡Fuera tapujos, qué demonios! Eres un borrachín, frecuentas malas compañías, de las cuales luego tienes que desembarazarte a estoconazo limpio, y

asaltas domicilios privados.

—Cosas propias de mi edad, e impropias de ser comentadas por ti. Me escandalizas, hija.

Cruzóse Gabrielle de brazos, indignada.

—¡Eres el colmo de la desfachatez! Me gustaría ser tu esposa. Te deslomaría a escobazos cuando pudiera... Y podría cuando llegas de madrugada apestando a vinazo y siempre deseoso de pelea. Ahora mismo te he visto... ¿No te da vergüenza?

—A ratos.

—No muchos. Si me quisieras, no harías estas cosas.

—Separemos el pan y la hiel. Yo no me opongo a que tú te distraigas.

—Pero más mesura. Antes, tampoco liadas vida de cartujo, y, no obstante, yo estaba orgullosa de ti.

—¿No lo estás ahora?

—Aunque quisiera no podría remediarlo... Pero se me antoja que te comportas como un niño de vacaciones. Eres ya mayor, ¿sabes? Has vivido lo bastante para aprender la ciencia de..., no sé cómo decirlo... Hay cosas que en labios de mujer suenan mal. Pero podrías matarlas callando.

—¿Aconsejándome hipocresía?... Si alboroto un poco es para entrar en calor.

—Esperemos que te canses pronto. ¿Cuándo nos vamos?

—¿A dónde quieres ir?

—No sé..., A otro sitio.

—¿Por qué?

—Si en vez de frecuentar tabernas anduvieras por los parques de Londres, hubieses leído en Regent Park un cartel que anuncia la exhibición de Cheij Khan.

—¿Quién es Cheij Khan?... —sonrió Lucientes,

—Nos pisa siempre los talones. Parece como si le huyéramos,

—¿Acaso no?

—Tú me entiendes.

—Ni pizca.

—Él pretende obsesionarme. Nos sigue por donde vamos, y no se acerca. Sabe que sabré que está rondando.

—¿Y por qué has de saberlo, si no es porque preguntas e inquieres? Varias veces me lo he tropezado. Me saluda

ceremoniosamente y sigue su camino. ¿Quieres que le diga que nos visite?

—¡Nunca hagas esto, que no te lo perdonaría! Que se muera, que se pudra, que se reviente...

—Palabras impropias de ti, toda, una señorita. Por cierto, si tú fueras una señorita, el asunto sería mucho más sencillo. Llorarías, y al final, pálida y confusa, vendrías a suplicarme que yo ingeniara una treta para, sin menoscabo de tu dignidad, hacer que Cheij Khan regresara a contarte lindezas.

—Me eduqué entre piratas, viví después a tu lado, y he crecido con un código de hombres de honor.

—¿Piratas y yo son los que te han inculcado el código de honor?

—Sí. El código de no perdonar la mentira en cosas vitales.

—Atiende, doña. ¿Quieres o no a Cheij?

—¿Por qué crees que le quiero?

—El que pregunta soy yo, ¡repámpanos!

—No le quiero.

—Pues, entonces, asunto terminado. Mañana vendrá a cenar conmigo, y le explicas que...

—¡No lo harás! No quiero verle nunca más.

—Los enamorados tenéis una gran predilección por las palabras "nunca", "vital" y "eternamente".

—Es ridículo tu empeño en que yo sigo enamorada de ese maldito embustero seductor. Mañana al amanecer partiremos de Londres. Tengo deseos do conocer la tierra escocesa.

—Sea. Hay por allí gran cantidad de bacalao, por cual da mucha sed.

—Por lo que más quieras...

—Que eres tú...

—Deja de beber en exceso, no pelees, no vayas por lugares mal frecuentados, y no asaltes balcones, persiguiendo a malditas coquetas, que como atrape yo a una, va a saber quién es la hija de Diego Lucientes.

—Aviados estamos. Mañana continuará la, discusión.

—Mañana nos vamos.

—No, porque esta noche tengo una cita ineludible. Cuestión de negocios.

—¿Negocios? ¿No sabes hallar una excusa menos tonta?

—Respeto para tu padre, mocosa. Largo de aquí.

—¡Órdago la grande! ¿Pues no te pones, serio? Para poder reclamar respeto, señor padre, hay que empezar por respetarse uno mismo.

—Gran verdad, que no impedirá si sigues importunándome, el que te azote. Vete, que quiero dormir unas horas

No insistió más Gabrielle, porque también necesitaba descansar, ya que sólo dormía cuando sabía que su padre lo hacía.

Y se acostó, preocupada, deseosa de que llegara pronto el día en que el actual sujeto de su inquietud, volviera a ser el prudente varón que la vio convertirse en mujer, en el castillo de Civry.

Capítulo II

La extraña enemistad

Albert Grovers debía su especial reputación a dos cualidades que le habían hecho popular: su espíritu viajero, y su habilidad para conseguir espectáculos con los que excitar la curiosidad de los gentilhombres de la corte londinense, en su mayoría atacados de hastío y en minoría afectados de la pose de “spleen”.

Por eso, cuando en el local sito en York Street, aparecieron unos sensacionales carteles encabezados con el nombre de “Albert Grovers”, se aglomeraron infinidad de lectores.

Los carteles primorosamente impresos ostentaban una viñeta de dibujos en arabescos, y su texto era preludio del rimbombante estilo con el que en la tarima, rozada por el telón y en cuya parte alta dos carátulas de la farsa simbolizaban la risa y el llanto, el propio Albert Grovers anunciaba sus espectáculos.

Albert Grovers, siempre al servicio de sus compatriotas, se honra en ofrecer la maravilla nunca vista

CHEIJ KHAN

>

El jefe árabe, el indómito rey del desierto.

Nunca Albert Grovers defraudó a sus simpatizantes, y nunca como en esta ocasión, se enorgullece de presentar, al artista múltiple

CHEIJ KHAN

El orgulloso jeque

Hubo escépticos que tildaron de charlatán y embaucador al autor del cartel, pero otros evocaron el recuerdo de Cheij Khan, que hizo una sola ruidosa aparición en Londres.

Lo cierto es que el local de York Street, llenóse hasta los topes, pese al elevado precio de los sillones. Se congregó allí la flor y nata de la sociedad, adoptando aires de negligente condescendencia.

Tres músicos ocultos lanzaban los sones de una marcha árabe, de cadencias enervantes, y por fin, al cesar los instrumentos, las cortinas del entarimado abriéronse para dejar paso a Albert Grovers.

Éste, con derecho o sin él, vestía uniforme de oficial de marina. Saludó parcialmente, y después con voz estentórea declamó:

—Nobles damas y generosos caballeros: Esta vez me presento con plétora de satisfacción, porque he logrado la amistad de un ser excepcionalmente dotado por la naturaleza. Sólo por amistad, Cheij Khan, el jefe árabe, trotamundos por inquietud de espíritu ha consentido en exhibir sus portentosas cualidades.

Aspiró profundamente y prosiguió:

—Otras veces me he extendido en explicaciones, porque por buena que sea la calidad de un espectáculo, precisa de adornos elocuentes. Esta vez, los comentarios brotarán espontáneamente de quienes han tenido la gentileza de acudir. Haré mención tan sólo de una particularidad: Cheij Khan es legítimamente árabe, y sus proezas imposibles para un europeo, no le impiden realizar una danza moderna, que ejercitó en los dos años de su estancia en París. La danza pantomima del "Arlequín Burlón"', de la mejor estela italiana. Agradezco la gentileza de la noble concurrencia en nombre de Cheij Khan, el acróbata insuperable, la maravilla única.

Desapareció ágilmente el "comerciante en curiosidades", y en la sala reinó un absoluto silencio.

Con estudiada lentitud descorriéronse completamente las cortinas. En el escenario Cheij Khan, con sincera indiferencia, que aumentaba su exotismo, saludó a la usanza árabe.

Vestía una capa azul, babuchas rojas, turbante del mismo color, y un amplio pantalón blanco ceñido a los tobillos.

Quitóse la capa, y su torso desnudo provocó un murmullo de admiración. Era un conglomerado esbelto de fibras, músculos y

tendones. No se percibía un solo gramo de carne, como si toda anatomía fuera de pétrea dureza musculosa.

Cuando desafiando las leyes de gravedad, describió en el aire, varias vueltas girando como una peonza, y como suspendido por invisibles hilos, comprendieron los que nunca habían visto algo semejante, que una fuerza especial anidaba en el esbelto árabe de prodigiosa musculatura.

Fueron seguidamente contorsiones que por el total descoyuntamiento de huesos que suponían, causaban molestia física a los espectadores.

Arqueándose hacia atrás, Cheij Khan dejaba asomar su cabeza por entre las piernas, y su medio cuerpo parecía entonces estar cortado por la cintura.

Y en esta posición andaba, para después ir rodando por el suelo, en rápidas volteretas. Distendíase y en el aire describía varios saltos mortales, acompañándolos de breves gritos guturales. .

El juego de las antorchas, cuyas llamas acariciaban el torso desnudo y cuyo truco era desconocido por los espectadores, aumentó la expectación.

Duró cerca dé una hora su exhibición, al término de la cual, y al cerrarse las cortinas, una unánime opinión circulaba. Cheij Khan era un prodigioso mago que por artes infernales había logrado que su cuerpo tuviera la elasticidad de un trapo mojado y la fortaleza de una roca.

El último número fue preparado con toda la aparatosidad en la que descollaba Albert Graves.

En cada extremo del escenario un caballo percherón de enorme alzada y patas peludas, piafaba amenazador, retenido por dos palafreneros armados de látigos.

Una larga rienda colgaba de cada ancho cuello equino. Y apareció Cheij Khan, para asir las dos riendas. Abrió los brazos quedando entre los dos caballos, tensas las riendas.

Los palafreneros soltaron la retención que ejercían y a un grito do Cheij Khan empezaron a fustigar los caballos con creciente fiereza.

En la sala, un clamor de admiración cundió al observar cómo con la sola fuerza de sus brazos, abiertas las piernas, Cheij Khan impedía que los dos recios caballos se movieran, pese a todos sus —

esfuerzos.

El hombre que normalmente hubiera quedado descuartizado inmediatamente, suplicio entonces en boga, resistía fácilmente el arranque arrollador de los dos percherones.

Cesaron los palafreneros en su azotar, calmaron a los caballos, volviendo a retenerlos asiéndose al cuello, y sólo entonces soltó Cheij Khan la doble rienda.

Saludó, y las cortinas volvieron a cerrarse.

En la sala, había una espectadora de rostro velado, sentada sola en un palco.

No se le veía el rostro, pero Diego lentes desde un rincón, la observaba, sabedor de que era su hija.

Al terminar el espectáculo y disgregarse los asistentes, vio Lucientes partir a Gabrielle.

Entonces se encaminó hacia la parte posterior del escenario, y precedido por una generosa dádiva, el propio Grovers le acompañó al camerino donde Cheij Khan vestíase, después de que Lucientes le hubo dado promesa de que sería bien recibido por el orgulloso e independiente árabe.

Cheij Khan despidió a Grovers con un ademán.

—Buenas noches, Diego Lucientes. ¿Os complace mi trabajo?

—¿A vos os gusta?

—No soy rico, ni poseo bienes. Necesito ganarme el sustento, aunque preferiría no servir de blanco a miradas ávidas, que esperan el momento en que me rompa el cuello o los caballos me dividan en dos pedazos. Creo que hay menos salvajes en África que en las naciones civilizadas. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

—Hay mucha tristeza en vuestros ojos, Cheij.

—Vuestra hija se obstina en una actitud propia de un seso poco fuerte, Diego Lucientes. Si me quiere, ¿por qué obstinarse en oponerse al mandato del destino?

—Es ridícula vuestra seguridad? ¿Quién os afirma que ella os quiere, presuntuoso engreído?

—¿Por qué me huye?

—No huye. Siente deseos de viajar, eso es todo.

—Comprendo que vos estéis satisfecho de verme padecer, ya que me valí del engaño para conocerla. Pero si sabéis que ahora soy sincero…

—Ella no puede ya creer en vuestra sinceridad. Fue educada en un código brutal y llano, que decía que la dignidad propia es el primer patrimonio que hay que conservar. Y que también decía que quien una vez mintió en cosas sagradas, volverá a mentir.

—No cejaré hasta lograr que ella se case conmigo. Os lo advierto cara a cara.

—Rostro a rostro os prometo que os va a resultar difícil. ¿No habéis pensado en la posibilidad de que ella se enamore de otro caballero con mejores prendas y dotes que vos?

—Está enamorada de mí.

—Es mi hija, y me enamoré y desenamoré cientos de veces.

—¿Os gozáis atormentándome?

—En justa recompensa al tormento que le dais a ella.

—Tened presente que mataré a quien ose pedirla en matrimonio. Mí pertenece.

—Libre sois de matar a quien se os antoje, chacal. Pero si ello ha de causar pena a Gabrielle, entonces desaparecerá el "tabú" y con gran placer os asestaré un pistoletazo de remate, como se suprime a una fiera hiriente y dañina.

—Nuestra enemistad es especial, Diego Lucientes. No os odio y será quizá por lo mucho que a ella la quiero. Pero os advierto, que si me entorpecierais el camino que pacientemente me conducirá a rendir la voluntad de Gabrielle, os mataría sin el menor escrúpulo.

—De palabras nos estamos matando continuamente, chacal. Vine a deciros que vamos a emprender un viaje largo donde os será difícil seguir nuestra pista.

—Vayáis donde vayáis mi sombra os seguirá.

—Iremos por tierras ásperas, de caminos peligrosos y de fácil pérdida para algún seguidor. Doy por cierto, que cuando deje mi hija de saberos a su alrededor, irá olvidándose de que os conoció.

—Mentís a sabiendas. Vuestra hija me pertenece. Será mi esposa y nadie ni nada podrán impedirlo. Ahora si os place, ¿me permitís que os invite a lo que os guste?

—Me gustaría que me invitarais, a vuestros funerales. Pero mientras llega ese feliz acontecimiento, no tengo inconveniente en aceptar una copa de buen vino.

Los dos enemigos amigos, salieron juntos del local de York Street, e instantes después, en el mesón donde se alojaba Cheij

Khan, éste, mientras Lucientes bebía una jarra de espumoso vino irlandés, agrio y fuerte, sondeó :

—¿Tierras ásperas dijisteis?

—Sí. Tierra donde nace el cardo y donde los canales convierten en islas pedazos de continente. Adivinanza, adivinanza...

—Escocia.

—Os doy primer premio en cartografía terrestre.

—Os agradezco el informe.

—No lo hago por vos, sino porque me complace veros rendir tributo a la excelsa atracción de mi hija. Me agrada veros languidecer, siguiéndonos como un chacal convertido en can.

Entornó Cheij Khan los párpados:

—¿Se os ha ocurrido alguna vez pensar que puedo fatigarme de ser perrito y entrar a sangre y fuego, matando a cuantos os acompañan, dispersando los caballos y llevándome lejos a vuestra hija?

—Intentadlo. Tengo para mí que aun suponiendo lograrais matar a los prevenidos Languedoc y Crecy, que lograrais desmayar a Lisette y a Etienne Laurent, y consiguierais liquidarme y soy duro de roer, porque me las sé todas, os quedaría aun alguien, con quien no contáis.

—¿Quién?

—Ella. Y sería ella la que os quitaría de en medio.

—Posible. Soy paciente y aguardaré mi momento. Pero os he advertido. Puedo estallar.

—¡Ojalá! En fin, Cheij Khan, me harta ya vuestra compañía. Adiós, y a ser posible, hasta nunca.

—Hasta pronto, Diego Lucientes.

Capítulo III

Tierra alta

Los últimos confines de Gran Bretaña, fundíanse ya con los brezos y peñascos fronterizos con la indómita y salvaje tierra escocesa.



Desde lo alto de un peñasco, un individuo oteaba el horizonte.

Los caminos eran ya poco frecuentados y la continua rivalidad entre ambas regiones, aunque aparentemente fundidas una sola, nación, hacía peligrosos aquellos parajes.

El Gran Canal de Glenmore discurría a modo de barrera natural, cruzada en algunos puntos por anchos puentes de roca, que se elevaban dominando precipicios donde cascadas y arroyos

ensordecían con su fragor de aguas libres.

Desde lo alto de un peñasco, un individuo oteaba el horizonte. Vestía falda escocesa y patas de zorro adornaban su camisa de piel y su falda tejida con fibra de cardo.

Cubría sus lacios cabellos rojos con, una boina rematada en pluma de faisán verde. Pero había algo que destacaba en su atuendo: un hocico de raposa estaba sujeto a su muñeca izquierda por dos correas.

Cualquier inglés, al divisar aquel extraño brazalete, habría huido sin la menor vergüenza, porque aquella contraseña señalaba a su poseedor como cuadrillero de la banda de los "foxards".

Los "foxards" tenían adquirido un triste renombre sangriento. No sólo exterminaban a cuanto viajero inglés se extraviaba por sus dominios, sino que aun entre sus propios compatriotas sembraban el terror.

Douglas Mac Dermott, jefe del clan de los "foxards", se consideraba dueño y señor exclusivo del paraje, en que el Gran Canal se pierde a trechos por entre grandes peñascales, en cuyos interiores formaba estruendosas cascadas, que tapizaban a modo de cortinas líquidas y pulverizadas, las anchas bocas de grutas naturales.

En una de aquellas grutas, con sólo dos accesos constituidos por colgantes puentes estrechos, residía Douglas Mac Dermott y su cuadrilla.

Douglas Mac Dermott era apuesto y aun joven, pero la crueldad desfiguraba su semblante varonil. Los estrechos ojos poseían una mirada falsa y traicionera.

Examinó rápidamente al que acababa de entrar en la gruta.

—¿Por qué abandonaste tu puesto, Derryck?

—Me ha substituido Hightree. Por la barrancada angosta acaban de entrar dos carrozas seguidas por tres jinetes. Parecen extraviados. Por dos veces han cambiado ruta.

Douglas Mac Dermott se puso en pie:

—¿Britones?

—Los atelajes y los caballos, me parecieron galos.

—Ve. Tú serás el guía. Por la entrada angosta llegarán al parador de Kirth-on-For. Ahí es donde debes estar.

* * *

El parador de Kirth-on-For era una hostería rústica enclavada en el pequeño llano a la salida de una ruta que penetraba en el interior de la tierra escocesa, por una angosta barrancada.

Los viajeros que desde Edimburgo dirigíanse a Inglaterra, hacían allí en aquella posada montañera, acogedora y limpia.

Dos carrozas, seguidas por tres jinetes, se detuvieron ante la posada; los dos postillones, descabalgaron para atender a los caballos sudorosos jadeantes.

Diego Lucientes y su hija entraron en la gran sala que oficiaba de vestíbulo, comedor y sala de bebidas.

Kirth-on-For, el posadero, tardó mucho en adivinar lo que quería significar el forastero de rojos cabellos y parla inglesa defectuosa.

Al fin, aseguró que disponía de securas y limpias habitaciones para pernoctar.

En la sala había tan solo un individuo, sentado en una esquina junto a una de las tres chimeneas, cuyo fuego calentaba la estancia.

—También necesitaríamos un guía mañana por la mañana, para conducirnos a Edimburgo. Esas rutas son difíciles de seguir-explicó Lucientes, aplicándose en pronunciar con claridad y hablando con lentitud.

Kirth-on-For, deudo y vasallo de Douglas MacDermott, limitóse a señalar hacia la esquina.

—¿Un guía?

—El mejor-replicó Kirth-on-For-Su nombre es Derryck, y percibe una paga diaria de cinco chelines.

—Que esté, pues, dispuesto para mañana conducirnos a Edimburgo.

Después de cenar, Lucientes entró en él compartimento donde Jean Crecy y Etienne Laurent, aprestábanse a acostarse.

—Languedoc está con su esposa. ¿Lo llamo, señor Lucientes? —inquirió Jean Crecy.

—No seré tan cruel. Avísale tan sólo de que los dos os turnaréis en la guardia de noche. Y mañana, vigiladme bien el guía. No fío de montañeses y esta comarca no es precisamente una balsa de aceite. No somos ingleses, pero los viajeros por rutas aisladas, no están nunca a salvo de desagradables contingencias.

* * *

Al amanecer, repiqueteó Lucientes en vano en la puerta de la

alcoba ocupada por su hija. Impacientado, apoyó el hombro en el madero y después de varios empujones cedió un gozne.

La alcoba estaba vacía.

Descendió a saltos las escaleras y salió al patio. Contorneó el edificio y su bota tropezó con un cuerpo extendido.

Languedoc, abierta la cabeza, se desangraba lentamente. Llamó Lucientes y acudió corriendo Crecy, el cual arrodillóse junto a su compañero y mientras restañaba la sangre y procuraba efectuar un tosco vendaje con tiras de camisa, explicó, temblorosa la voz de indignación:

—Marius me relevó a las dos. Quiso el segundo turno. Con vuestro permiso lo llevaré a la alcoba de Lisette. Ella le cuidará. Afortunadamente, no es mortal la herida. Un culatazo traicionero...

Alejóse Crecy, llevando en brazos a su amigo y Diego Lucientes, estuvo linos instantes inmóvil.

Pensaba en Cheij Khan... No le hubiera creído capaz de aquel acto. Si como advirtió pensaba cometer alguna violencia, habría sido de otro modo, como Lucientes lo esperaba.

Entró en la sala, donde sentado en el mismo lugar que la noche anterior vio al escocés alrededor de cuya muñeca izquierda había dos correas sujetando un hocico de raposa.

—¿Has dormido aquí, Derryck? —inquirió Lucientes, en cuya frente la cicatriz aparecía escarlata.

—Sí —dijo el escocés, continuando sentado.

—¿No has oído ruido alguno?

—Por dos veces.

—¿A qué hora?

—A las doce vinieron aquí dos hombres. Querían saber quiénes erais. Yo les informé de que vestíais ricamente, erais españoles en viaje y ellos se marcharon.

Diego Lucientes miró con repentina sospecha al guía, el cual seguía sentado, aunque su diestra reposaba en el cinto, apoyada sobre la culata de una pistola.

—¿Qué otro ruido oíste?

—A las cuatro, volvieron esos dos y subieron por la pared hasta dar con la ventana de la alcoba en que duerme la mujer que te acompaña. Se la han llevado.

—¿Dónde?

—Al refugio de Mac Dermott.

—¿Quién es ese?

—Douglas Mac Dermott es el jefe de los “foxards”. Kirth-on-For pueda decirte quiénes son los “foxards”.

Desde detrás del mostrador, Kirth-on-For movió la cabeza apesadumbrar do. Parecía un zorro asustado...

Ladeó Lucientes la cabeza, sin perder de vista al supuesto guía.

—¿Quiénes son los “foxards”, Kirth-on-For?

—Bandoleros del Canal, forastero. Los ingleses prefieren ver al diablo que hallarse ante un “foxard”, forastero.

—Tú que conoces a los dos que vinieron a raptar a la mujer que me acompaña, puedes saber si eran “foxards”.

—Sí, lo eran-replicó Derryck, inmutable —, Lo eran porque poseían la contraseña que los hace reconocer.

—¿Qué contraseña?

—Ésta-y Derryck mostró su muñeca, izquierda.

Diego Lucientes se cruzó de brazos. Prefería rescatar a Gabrielle de manos de bandoleros escoceses, a tener que matar a Cheij Khan. No podía razonar por qué, paro sentía una instintiva simpatía hacia el enamorado saltimbanqui.

—Bien, bien,.. ¿Conque eso es uní cueva de bandidos, no?

Derryck sintióse generoso.

—No culpes a Kirth-on-For. Si vive es gracias a que Douglas Mac Dermott así lo quiere. Kirth-on-For no sale nunca de aquí, ni habla con ingleses, porque de hacerlo moriría.

—Yo no soy inglés. Podía haberme advertido de que tú eras un maldito "foxard”,

—Hubiera muerto si tal hace, forastero.

—¿Por qué habéis raptado a la mujer?

—Tú pagarás por ella.

—Seguro. ¿Cuánto?

—Douglas Mac Dermott te lo dirá. Vendrá aquí.

—¡Cuánto honor! ¿Por qué no habéis aprisionado a los de mi servidumbre e inutilizado al que te está hablando?

—Trabajo inútil. Aunque lo pretendierais no podríais, salir de aquí.

—Ah... Buena organización, ¿no? ¿Y si te despanzurrara, Derryck, que le parecería la chanza?

—No lo harás. Otras veces me han hecho la misma amenaza y sigo vivo La boca de mi pistola te vigila y rodeando la posada hay cuatro “foxards”.

—Al menos las cosas están claras. ¿Tardará mucho en visitarme el excelente Douglas Mac Dermott?

—Siéntate y espera. No te acerques... En aquella mesa.

—Mandas mucho.

—Precaución. Es mí creencia que desearás ver libre y sin daño a la mujer que te acompañaba.

—Crees bien. ¿Puedo beber o tengo que pedirte permiso?

—Bebe si quieres.

Mientras llevaba a sus labios el Jarro de cerveza que acababa de servirle Kirth-on-For, la mente de Lucientes trabajaba con intensa actividad.

La celada en que habían caído era peligrosa. Íntimamente sentía un gran temor, por la que estaba en poder de Ion “foxards”. Piratas de mar o piratas de tierra, solían tener un punto en común: ausencia de sentimientos.

Podía ser que Douglas Mac Dermott libertara sin daño a Gabrielle, una vez estuviera en posesión del dinero exigido. Pero cabía también la angustiosa posibilidad de que nunca volviera a ver a su hija.

Avezado a momentos difíciles, el semblante de Lucientes no exteriorizó su íntimo desconcierto, cuando en la sala entró un joven escocés, en cuyo cuello brillaba un broche de oro sujetando dos cordones negros de los que pendían hocicos de raposa.

Miró el recién llegado a Darryck, el cual continuó sentado, mostrando con la barbilla a Diego Lucientes.

En una mesa distante de la del español, varios pasos, sentóse Douglas Mac Dermott:

—¿Quién eres tú, forastero? —preguntó, hoscamente.

—Diego Lucientes, español viajero, para mi desgracia.

—¿De dónde procedes?

—De Londres.

—¿Allí resides?

—No. Resido en Angulema, ciudad francesa. Estoy de viaje por capricho.

—¿Cuál es tu profesión?

—Vago.

—¿Quién es la mujer que tengo a buen recaudo.

—Podría decir que es mi esposa y quitarle, por tanto, valor a tu rescate. Pero no miento y soy leal. Es mi hija.

—¿La quieres?

—Pregunta absurda.

—¿Cuánto puedes pagar por ella?

—Señala precio, "foxard".

—Soy Douglas Mac Dermott, jefe de clan. Pero Escocia es tierra pobre y no puedo esquilmarla con tributos. Pagáis los que, favoritos de la fortuna, podéis viajar ociosamente. Tu hija vale mil soberanos.

—Tú lo has dicho. Mi hija es reina que vale por mil soberanos. Pero no tengo esta suma en mi poder.

—Lo supongo. Puedes ir a buscarla. Tú solo. Puedes no volver. Esperaré quince días, si al término de los cuales no he recibido el rescate, despeñaré a tu hija y tu servidumbre será pasada a cuchillo por los "foxards". Aquí, en esta posada, traerás el dinero. Si la imprudencia te aconsejara regresar con fuerzas inglesas, puedes ya saber que nadie podría evitar la muerte de tu hija. Y con mi clan, ningún inglés se atreve, porque dominamos el secreto de los múltiples refugios del Gran Canal.

—Antes de poder dar mil soberanos, estaba yo como tú, buscándolos como fuera. Pero lealmente quiero que sepas que quiero tanto a mi hija, que estimo en poco, la cantidad por ti fijada. Te daré cinco mil soberanos, pero no has de tocar a uno solo de sus cabellos y ella volverá incólume a mis trazos.

—Tu española generosidad me hace ser leal. No temas. Tu hija volverá a ti, sana y salva, y podréis seguir viaje sin peligro.

—Confío más en palabra de bandido que en palabra de juez, Douglas Mac Dermott. Espero cumplirás... pero si la imprudencia te aconsejara no devolverme a mi hija... tú y tu clan pereceríais hasta el último hombre.

—Tu española furia te hace decir amenazas imposibles. Con ingleses nada podrías contra mi clan.

—Si preciso fuera, ayuda pediría a quien convertiría en tabla lisa tus montañas.

—¿El rey de las Españas? —dijo Douglas Mac Dermott, sin sonreír.

—¡Más! Un hidalgo que se hace llamar el Pirata Negro y que ya en otra ocasión anduvo por estos montes.

—No temas. Yo cumplo lo que prometo. Puedes ponerte en camino. Hoy es el primero de los quince días que te concedo, para ir en busca de los cinco mil soberanos. Derryck aguardará aquí tu regreso y cuatro “foxards” vigilarán la posada de Kirth-on-For.

Douglas Mac Dermott levantóse, y abandonó la estancia.

Diego Lucientes miró hacia donde Darryck seguía inmutable.

—¿Qué validez tiene la palabra de Douglas Mac Dermott?

—Es jefe de clan, forastero.

—Para mí es jefe de cuadrilla de bandoleros.

—Trae los cinco mil soberanos y sabrás si cumple o no su palabra Douglas Mac Dermott.

—Un consuelo son tus palabras —dijo, angustiado íntimamente, Diego Lucientes—. Por si acaso, que tu jefe sepa que si no cumple, habrá sido él mismo el autor del exterminio de vuestro clan.

—Tendrá en cuenta tu advertencia. Parte, forastero, que los minutos huyen, acortando el plazo de quince días en que aquí te esperaré a ti y los cinco mil soberanos. Puedes hacerte escoltar porque los caminos son peligrosos y hay bandoleros.

El rostro de Darryck era severo.

Diego Lucientes forzó una sonrisa, mientras se acercaba al umbral de la sala.

—A quien me hable en lo sucesivo de la ironía escocesa, crea que lo estrangularé.

—Habéis descalabrado a uno de mis hombres. Dejadme al otro como escudero.

—No. Nadie sino tú sale de aquí.

—¿No dices que debo hacerme escoltar?

—Fuera aguardan a caballo cuatro “foxards”. Douglas Mac Dermott, te concede una escolta, vestida a la inglesa y sin contraseña. Nadie sabrá, que son “foxards” si tú no lo dices y no creo que ellos no sepan cumplir eficazmente su papel de escolta.

—Bien. Yo sólo deseo liberar a mí hija. Acepto y paso por todo, desde el momento en que el destino me hizo ser padre y rico.

Salió Lucientes. Delante de la posada, cuatro jinetes aguardaban silenciosos. No vestían la falda escocesa. Parecían caballeros ingleses y en vez de boinas, cubrían sus cabezas con tricornios.

Dos de ellos pusieron el caballo al paso, mientras los otros dos obligaban al suyo a retroceder.

En el centro, Kirth-on-For sostenía por las riendas el caballo de Diego Lucientes, el cual montó.

Picó espuelas y su escolta cerró filas. La cabeza del caballo conducido por Lucientes rozaba las ancas de los dos que le precedían al trote.

Los otros dos trotaban a espaldas de Lucientes.

Internáronse por uno de los muchos barrancos que agrietaban las laderas de los Cormyckagls, los montes primeros de Escocia, que eran bañados en su interior por el Gran Canal.

Tocó Lucientes en el hombro a uno le los jinetes, que se volvió para enfocar a su prisionero con una pistola.

—Quietud, paz y buenas intenciones-intentó bromear el impenitente chancero —. Quiero preguntar cuál es el camino más corto para llegar a Londres.

—¿Es en Londres donde tienes los cinco mil soberanos?

—No. Pero hay casa de Banca quo me dará crédito, porque es filial de la francesa que administra mis bienes. Te he tocado, no por gusto, sino para decirte que es a Londres donde quiero ir y con más rapidez.

—Tienes quince días y nuestros caballos son nuestra fortuna. No podemos reventarlos.

—Pago cuantos caballos reventéis.

—Tu española generosidad no puede mandarnos. Iremos al paso que yo señale.

—Amén-dijo, resignadamente, Lucientes. No podía acudir al desahogo de luchar, porque aquello equivaldría a firmar la sentencia de muerte de la prisionera.

De pronto, irguió la cabeza. Claro y agudo, acababa de resonar un extraño grito, como de fiera burlona…

Capítulo IV

El grito del chacal

Los dos jinetes delanteros detuvieron sus caballos y los restantes se vieron forzarlos a hacer lo mismo, dado lo estrecho del barranco en el que desfilaba el angosto camino.

—¿Un zorro herido? —preguntó uno de los delanteros.

—No. Es un aullido que nunca oí.

—Era como una carcajada breve.

—Más bien un ladrido de perro.

—No era perro.

—Era un gato-dijo Lucientes, sonriendo.

Había reconocido el característico alarido de Cheij Khan. Los cuatro escoltas miraron a lo alto de las peñas. No se veía a nadie...

De nuevo rasgó los aires el estremecedor aullido. Uno de los escoceses agitó nerviosamente las manos...

—¡El monstruo de Loch Ness! —exclamó.

—Calma, Thornydke. El Loch Ness está a cien leguas al Norte. Será algún pájaro emigrante.

—Douglas Mac Dermott os ordenaría seguir el camino-dijo Lucientes —Sea pájaro, sea reptil, el animal que chilla está en su derecho. Sigamos camino, que los quince días no dan para mucho.

Súbitamente, uno de los jinetes gritó aterrorizado, señalando hacia lo alto. Estaba a la grupa del caballo de Lucientes y pretendió hacer retroceder su montura.

Una roca se bamboleaba al extremo de su peñascal y desprendiéndose cayó rebotando, aplastando bajo ella a los dos jinetes posteriores.

Formóse una confusión de alaridos, mientras en lo alto del peñascal resonaba de nuevo el alarido del chacal.

Diego Lucientes disparó y su zurda asestó un furioso puñetazo al

otro escocés

Por el barranco despeñóse el jinete alcanzado por la mano de hierro, mientras el otro, malherido, no podía sostenerse en la silla. Cayó al suelo, intentó incorporarse y abriendo los brazos, gritó cuando el vacio succionó sus pies.

Convertidos en pulpa, bajo la roca, los otros dos “foxards”, mezclaban sus restos a los desventrados caballos.

Hizo avanzar su montura, hasta lograr salir del barranco. Instantes después, ante él aparecía Cheij Khan, que detuvo su caballo.

—Me habéis obligado a matar a dos, de mi escolta, ya que os dio por jugar a tirar guijarros, Cheij. ¿Qué pretendéis? ¿Creéis, acaso, que me acabáis de hacer una gran merced? ¿Suponíais que me escoltaban para conducirme al palacio de un hada enamorada de mis rojos bucles?

—Vos podéis decirme si ibais por vuestro propio albedrío escoltado por esos cuatro hombres.

—Iba a la fuerza, pero necesariamente. Iba en busca de cinco mil soberanos. Y sigo camino. Diré que esos cuatro cadáveres fueron asaltados por bandidos y yo pude escapar. En el fondo no lamento la pérdida de esos cuatro estorbos, que me impedían galopar.

—¿Pensáis galopar? ¿Hacia dónde?

—Hacia Londres.

—No.

—¿Pensáis impedírmelo?

—Sí. Pero con razonamientos que os harán comprender que no son los cinco mil soberanos los que salvarán a vuestra hija.

Miró Lucientes con sorpresa al joven.

—¿Sabéis, pues, que...?

—Vi dos hombres conduciendo a una mujer amordazada y atada. Les vi entrar en un puente colgante bailado por salpicaduras de cascada. Me intrigó. Tuve que esconderme cuando salió un individuo que hablaba con otro. Le seguían una veintena de escoceses. Oí claramente al que parecía el jefe, porque vestía mejores ropas y llevaba al cuello broche de oro, que decía que la española era bella y que hacía tiempo que Douglas Mac Dermott no sentía la pasión correr por sus venas. Atacar fue mi primer impulso. Pero la calma árabe se extendió por mi ánimo. Podía vencer, pero si

no lo lograba, la mujer quedaría amenazada.

—¿Sabíais que era Gabrielle?

—Lo supe cuando Mac Dermott habló do cabellos rubio rojizos, pupilas azules y española. Pero era tarde. Vi donde lejos, la posada en la que entró Douglas Mac Dermott y fuera había veinte hombres. Otros tantos quedan en la gruta donde está prisionera Gabrielle. ¿Creéis execrable dinero podrá salvar a Gabrielle?

—Contra cuarenta hombres, poco he de lograr.

—Os suponen camino de Londres. Dejadlos en esta idea. Intentemos liberar a Gabrielle. Si fracaso en el empeño, siempre podréis ir a Londres. Muerto yo… morirá mi amor conmigo y hago votos para que vuestra hija muera, para que nadie pueda poseer lo que me pertenece. Enrojece vuestra cicatriz…

—Dejemos, pues, que blanquee. ¿Habéis imaginado quo sois Titán, y que la cueva de Alí-Babá y sus cuarenta ladrones, es lugar donde entraremos fácilmente?

—Podemos intentarlo. Lo que puede suceder es que muera yo.

—Grata posibilidad,

—Con ello ningún peligro aumentará la situación peligrosa de Gabrielle.

—Hechos, no palabras.

—Aguardemos a que caiga la noche. Yo sé el lugar donde está el refugio de Douglas Mac Dermott. Pasar por uno de los puentes me será fácil, si vos, oculto, disparáis vuestras pistolas desde lugar en qué sembréis el desconcierto. Hacedlo a caballo y tirando a dar en los centinelas de entrada del puente que yo os indique. Después, poneos a salvo.

—Hasta ahora me place. ¿Qué pensáis que sucederá?

—Saldrán algunos. Menos quedarán en el interior.

—Oiré vuestro grito de chacal… y cuando éste cese, habréis muerto. Puedo perder un día y una noche. Después, galoparé hacia Londres, y sea lo que haya de ser, no quiero que por mí, quede sin probar la lealtad de Douglas Mac Dermott.

—Está enamorado de Gabrielle, con perversa pasión. Morirá.

—Cuantos más mueran, menos quedarán. ¿Esperáis que os agradezca vuestra ayuda?

—Forzado estoy á ello. Cada minuto que pasa me sume en mayor angustia.

—Lo disimuláis perfectamente.

—Vos también.

—Tenéis rasgos casi caballerosos, Cheij Khan. Vuestro padre debió ser un leal bandido.

—Si es elogio, lo acepto. Y de la nobleza de mi padre, al que no conocí, os respondo, porque ya ahora atribuyo a la voz de la sangre, la que inesperadamente me obliga a cometer actos generosos, que mi mente rechaza.

—Aguardemos que la noche empiece. Tengo ya ansias de oír vuestro maldito alarido.

* * *

Los dos centinelas que en cada extremo de puente, guardaban el acceso a la gruta de Mac Dermott, paseaban sin gran cautela.

Nadie se había atrevido a rondar los parajes por los que pululaban los "foxards”.

La configuración del refugio de la cuadrilla era ingeniosa, por la ayuda que la mano del hombre había aportado a la naturaleza.

Una gran cascada caía desde lo alto de la barrancada, formando a modo de cortina ante la entrada de la gruta, ante la que una roca plana era unida por dos estrechos, puentes colgantes sobre el abismo, al espacio llano de los dos extremos.

Al fondo, la gruta tenía una salida oculta por tupidos ramajes.

Douglas Mac Dermott cenaba, sin dirigir la mirada a la que, amordazada y atada, estaba tendida encima de un montón de ramas secas.

Gabrielle Lucientes condensaba en la azul mirada, toda la indignación y temor que la estólida apariencia del jefe de clan le inspiraba.

Fuera, uno de los centinelas tocó en el brazo a su compañero.

—¿Oíste?

—¿El qué?

—Un grito, como un aullido...

—Algún zorro en celo.

—No. No era un zorro. Sé distinguir muy bien la garganta de un zorro cuando gime en celo.

—Algún búho atacada por un “gran duque”.

El rumor de la cascada, distante treinta metros, atenuaba el alarido que Cheij Khan lanzaba para advertir que era llegado el

momento a Diego Lucientes.

El madrileño mantenía en el hueco de su antebrazo izquierdo cinco pistolas: las tres que quitó a los dos aplastados y las dos suyas.

Apuntó hacia una de las sombras a la entrada del puente. Disparó, y tiró al suelo la pistola.

La otra sombra corrió, pero se detuvo alcanzada por otro disparo. Arrojó Lucientes la pistola, y, obligando al caballo a desplazarse, enfocó con otra arma a la otra entrada.

En el extremo opuesto del segundo puente, dos sombras agazapábanse. Una de ellas saltó en el aire, llevándose las manos al rostro agujereado por el pistoletazo.

El otro centinela gritó repetidamente:

—¡Mac Dermott! ¡“Foxards”! ¡Ataque!

Del interior de la gruta fueron saliendo corriendo los componentes de la cuadrilla, que, entrando por los dos puentes, abalanzáronse al exterior.

Babia llegado el momento de “atracción”. Disparó Lucientes para señalar su posición, y, arrojando la pistola, partió a todo galope.

Varios “foxards” fueron a saltar sobre sus monturas; otros, indecisos, y parapetándose tras rocas, oteaban el espacio iluminado por una luna llena radiante.

Uno de ellos gritó de pronto, señalando a una sombra que corría hacia uno de los puentes, lanzando un alarido estremecedor.

Derryck, en funciones de lugarteniente, tras inspeccionar los alrededores, decretó, gritando:

—Es un hombre solo. ¡A él!

Por las dos entradas abalanzáronse los “foxards”, dispuestos a hacer pagar caramente la muerte de los cuatro centinelas.

Cheij Khan, en la roca plana central, bajo la pulverización del chorro que en cascada bajaba de las peñas, saltó de costado, en el preciso momento en que, surgiendo de repente, Douglas Mac Dermott le asestaba un tajo con la ancha y corta espada montañesa.

Distendióse el puño de Cheij Khan, y, alcanzado en el pecho, cayó hacia atrás Mac Dermott, y su cabeza fue a chocar contra el suelo, quedando extendido.

Arrancóle Cheij Khan del cinto las pistolas y le quitó de la diestra la ancha espada de filos cortantes.

Acudían de dos en dos, corriendo, y por cada puente, los “foxards", aridecidos por el grito de reto con que el joven les desafiaba.

La noche anterior había Cheij Khan estudiado pacientemente un procedimiento que le asegurara una posible salida de la gruta.

La espada de Douglas Mac Dermott iba a ser el instrumento de su intención.

Como un leñador apresurado asestó varios cortes, cuya fuerza hacía retemblar las maderas da los puentes. A diestro y siniestro fue cortando las cuerdas y ensambles...

Grites de terror partieron cuando, a la rápida acción, sucedió un bamboleo repentino... Los saltos de Cheij Khan y su alarido añadían algo sobrenatural a la hercúlea segada con la que cercenaba los remates de unión de los puentes colgantes con la roca.

Varios “foxards” alocadamente saltaron a la roca, blandiendo sus espadas. Los saltos de Cheij Khan ladeados, y en los que pies y puños entraban en acción, despeñaron en el abismo a los primeros.

Los dos puentes cargados, de “foxards” parecieron quejarse en el último raigón de las cuerdas y maderos cortados.

Descendieron como alfombras suspendidas, vaciando su carga humana, en medio de un fragor de gritos de terror.

En el suelo, incorporóse Douglas Mac Dermott para, arrastrándose, llegar hacia donde tendida estaba la prisionera.

Con un resto de fuerzas en las que le acuciaba como acicate el temor a hallarse solo frente al intruso de acrobática fiereza mortífera y alarido infrahumano, levantó en vilo a Gabrielle, corriendo hacia la salida posterior.

Pero de pronto dejó caer, al suelo a su presa, para enfrentarse con el hombre que tras él respiraba afanosamente, después del veloz combate exterminador.

Alzó los dos puños, pero en su pecho volvió a rebotar el puñetazo demoledor, que le tumbó de espaldas.

Vociferó al sentirse levantado en vilo al extremo de dos manos nervudas:

—¡Mac Dermott! ¡“Foxards”!

Fueron sus últimas palabras antes de lanzar el quejido de agonía con el que cayó en la sima donde el agua le la cascada burbujeaba rumorosa.

Tardó Cheij Khan unos instantes en apaciguarse, después de emitir el alarido vencedor. Miró los dos puentes cuyo remate quedaba sumergido en lo hondo del abismo.

La roca plana quedaba aislada, y, desconocedor de la salida secreta Cheij Khan contempló frente a él.

Le separaban cinco metros de otra roca, para llegar a la cual había que atravesar no sólo la cortina líquida, sino el abismo pavoroso por el que habían caído los “foxards”.

Retrocedió para llegar donde Gabrielle Lucientes forcejeaba para ponerse en pie.

Inclinóse y, pese a que ella intentó apartarse, la estrechó contra su costado izquierdo con un solo brazo.

—No te muevas, Gaby. No entorpezcas el salto con el que debemos escapar de aquí. Pensando estoy que quizá la muerte juntos terminaría con tu obstinada terquedad. ¿Te place que sea una suplicante sombra errante tras tu estela? Puedo cansarme... No espero tu gratitud por haberte salvado de la peor suerte. Quiero tan sólo que sepas que, al igual que di muerte a quienes osaron poner su mano encima tuyo, daré muerte a quien ose pretenderte por esposa. Por más que huyas, no evitarás el hecho fatal de que me perteneces.

Emprendió de pronto veloz carrera y surcó el espacio con la mujer que, aprisionada contra su costado, creyó por unos instantes que todo había terminado, y en el salto aéreo se epilogaba aquel extraño romance de amor.

Rebotó elásticamente Cheij Khan sobre la punta de los pies en la roca opuesta a la que acababan de abandonar. El atravesar la cristalina y fría agua habíales empapado.

Por una estrecha hendidura la escarpaba ascendía hasta la cima de los peñascos, flanqueando el decurso de la cascada.

Llevando entre brazos a la que aun no había liberado de sus ligaduras, Cheij Khan fue subiendo, y, al llegar a la cima, lanzó su peculiar grito de guerra y triunfo.

Oyóse un repiqueteo de cascos, y Diego Lucientes aproximóse al trote del caballo, que relinchaba espoleado y espumeante.

—Aquí tenéis a vuestra hija, Diego Lucientes.

—Id a por vuestro caballo, Cheij. Hay “foxards” qué no sucumbieron y buscan mi pista.

Recogió Lucientes a su hija, colocándola sentada ante su arzón.

—Cita, ante la posada de Kirth-on-For, amigo —gritó—. Os aguardamos. Hay aquí cuatro "foxards” más.

Volvió a picar espuelas, descendiendo por la abrupta pendiente opuesta a la barrancada donde se hallaba la gruta del clan derrotado.

Por el camino arrancó la mordaza que cubría la boca de su hija, y con el puñal fue cortando las ligaduras.

Libre abrazóse ella a Diego Lucientes. En silencio, azuzó Lucientes al caballo, hasta que éste, dando un brinco agónico, dobló los remos, rodando por los suelos.

Previendo la caída, saltó Lucientes, y por segunda vez estuvo Gabrielle unos instantes en el aire, sólo que ahora suspendida y abrazada del cuello paterno.

—A pie más fácil nos será huir —explicó Lucientes—. Y no creerán que nos dirigimos hacia la posada de Kirth-on-For.

Anduvieron un trecho por entre los tupidos matorrales, y cuando llegaron, a la colina desde cuyo arbolado divisaron la semiiluminada fachada del mesón de Kirth-on-For, sentóse Lucientes en el suelo.

—Descansa unos instantes, Gaby... Tenemos que aguardar a tu salvador.

—¿Quién es mi salvador?

—Con tus ojos bien lo viste. Es Cheij, el noble muchacho.

—¡El chacal! ¡Una fiera sedienta de sangre! ¡Un bruto embustero y orgulloso!

—Bien... Y luego dirán que es falsedad la ingratitud femenina. Trátalas con mimo, expón tu vida, y te llamarán fiera, bruto y demás lindezas.

—¡Tú has sido el que me has salvado!

—¿Yo? Me limité a disparar cinco pistoletazos y echar a correr como una liebre, suponiendo que esos animalejos sepan montar a caballo.

—Yo le vi cortar los puentes. Le vi lanzar al abismo a muchos hombres y después hacer lo mismo con el que era el jefe. Y... ¿no has sospechado que en todo eso pudo haber deseo por parte de Cheij Khan de presentarse como salvador mío y conseguir así tu buena voluntad?

Miró Lucientes perplejo a la que, sentada junto a él, temblaba nerviosamente.

—Por hija mía, algo de locura habrás heredado, pobrecilla. Pero todo tiene un límite. Lo que acabas de insinuar es tan inverosímil, que ni aun yo mismo puedo creerlo.

—Cheij Khan es un asesino, es un chacal sin escrúpulos. Ya lo oíste de labios de Adelaida de Chamfort.

—Una rencorosa desdeñada.

—Todo París lo comentaba. Si Cheij Khan mata sin escrúpulos, por necesidad de su espíritu perverso, ¿no pudo haber pactado con los bandidos escoceses mi rapto? ¿Y después aparentar ser mi salvador? Nada ya puedo creer bueno en Cheij Khan...

—Hija, para ti la perra gorda. Así les dicen en Andalucía a los que quieren tener la razón. Yo afirmo que Cheij Khan expuso su vida para salvarte. Diré más. Sin Cheij Khan no habría sido posible el liberarte, por más dinero que hubiese entregado... Sólo Cheij Khan podía lograr esta hazaña. Y ahora, que me emplumen si pío un solo trino más. Empiezo a estar harto y hasta la coronilla de tu actitud. ¡Repámpanos! ¡Hay que ser justos! Este mocito sacrifica su vida metiéndose en la cueva del león, y tú...

Sollozando abrazóse Gabrielle al cuello de su padre.

—No me riñas, "Medio-Brazo". Dame valor... Comprende que ya no puedo creer en las palabras ni en los hechos del que me mintió gravemente. Vayámonos. No esperes a Cheij Khan.

—No puede ser. Hay en el mesón un herido, una mujer, y dos hombres que serían asesinados por los otros "foxards" y los cuatro que montan guardia si allí los abandonamos. Necesito de Cheij Khan para, liberarlos. Le necesito... tanto como tú.

—¡Antes muer...!

—Ya sé —dijo pacientemente Lucientes—. Antes muerta, monja o loca, que tolerar que el que una vez se burló de ti, triunfe. He dicho que no comento más. Los dos sois ya grandecitos. No se trata de tus peleas con Carlos Lezama, en que rompías escobas o caballitos de madera. Ahora... los dos os estáis mutuamente rompiendo el alma, con tanta tontería. He dicho que no comentaría más, pero me revuelve la sangre que sobrepongas tu dignidad herida a tu amor.

—La llaga de mi corazón ya no puede cerrarse. No podría en lo

sucesivo oír las palabras de Cheij Khan, porque siempre me atormentaría la duda de si mentía o era sincero…

—Díselo a él. Ahí lo tienes…

Levantóse Lucientes agitando los brazos hacia el jinete que a paso lento de su caballo se acercaba.

—Eran seis “foxards” desperdigados tras vuestra pista, Diego Lucientes. No asaltarán más a pacíficos viajeros.

—Os doy gracias en mi nombre, Cheij, Khan. Pese a que seamos enemigos, ¿estrechas las diestras?

—Os lo agradezco, porque significa mucho para mí vuestra cordialidad. Pero no rozo manos humanas. Es gesto mentiroso. Sin embargo, os doy fe de que en mi corazón alienta para vos simpatía, porque sois todo un hombre, ecuánime, valiente y generoso.

—¡Repámpanos! Mejor os hubiera ido si os llegáis a enamorar de mí… Quedan allá cuatro “foxards”. Vos los de vanguardia, porque sois un prodigio acometiendo, y para mí los de retaguardia.

Gabrielle Lucientes no miraba hacia el recién llegado. Sobresaltóse así que oyó la voz de su padre decir bruscamente.

—Te enseñé a mirar de frente, Gaby, tanto a los amigos como a los enemigos detestados. Ese es el hombre que te ha salvado. ¿Tienes algo que decirle?

—¡Sí! ¡Que no pise mis huellas!… ¡Qué se vaya! ¡Que no se convierta en fantasma de mis días y mis noches!

Cheij Khan inclinóse en breve reverencia.

—Si fantasma quiero ser, no puedes impedirlo, Gaby. Legua tras legua mis pasos te seguirán… hasta conseguir tu perdón. Te cansarás de trotar mundo. Volverás a Civry. Y me perteneces.

Llevóse los dedos índice y mayor a los labios, estuvo así unos instantes mirando con fijeza a la que, pálida, pretendía desviar la mirada, y entonces, girando sobre los tacones, dijo:

—Cuantío queráis, Diego Lucientes ¿Qué son cuatro bandidos para nosotros dos?

—¡Córcholis!… Por un instante me pareció oír la voz del hidalgo Lezama… Será la bravata, o será las emociones. Bien, vamos a ellos. Son pocos y pretenderán huir, pero no lo lograrán… Me ardo el cabello. Los malos tragos que me han hecho pasar, van a terminaran. ¡Avante, Cheij! ¡Vos y yo espuela contra espuela!

—Voy con… contigo, padre.

—No. Las mujeres, a salvo. No quiero más complicaciones. Quédate aquí y asómate cuando oigas... el grito de mi amigo el chacal: el grito de triunfo del hombre que nos ha prestado la ayuda imposible, que sólo otro hombre hubiese sido capaz. El hidalgo Lezama,

Cheij Khan por dos veces habíase pasado la mano por la frente. Algo sordo, indefinible, aguijoneaba su cerebro. Algo que en las palabras de Lucientes le evocaba recuerdos dormidos en la niebla del pasado, y sofocados por la narcotización a que Bu-Djema había sometido su infantil cerebro.

—¿Quién es el hidalgo Lezama?

—Un gran capitán. Un hombre que reúne todas las cualidades viriles. Fue y es mi mejor amigo. Serví a sus órdenes, y le abandoné al convertirme en asquerosamente rico.

—¿Abandonasteis a vuestro mejor amigo?

—Él me obligó a ello, para forzarme a cuidar a Gabrielle. Ante él soy el responsable de lo que a ella le suceda. Nuestra fortuna a él se la debemos. Él partió sin un maravedí, dejándome una fortuna como dote de Gabrielle.

—Debe ser un noble espíritu. ¿Vive en Francia?

—No. Pero quizá le conozcáis, porque trotando mundos, vos detrás de ella y ella delante vuestro, me temo que vamos a llegar al propio Caribe. Bien, allá a la derecha nos separaremos. Atacaré cuando vos empecéis la danza.

—Un favor, Diego Lucientes.

—Todos los que queráis.

—Interceded por mí. Hacedle comprender que ahora soy sincero.

—Es un genio difícil.

—Ved que si es vuestra fortuna la que hace que ella se obstine, puedo llegar a desear que se fundan oro y joyas.

—Robadlas, y será mejor. La lástima es que un notario nos administra, y deberíais incendiar Civry, asaltar varias casas de Banca y terminar con el contenido de varios cofres. En confianza os diré que estoy harto de ser rico. Aburre a la larga, y, si quedara sin blanca, no me quedaría más remedio que llevar a mi hija a la protección del hidalgo Lezama. En fin, no divaguemos. Ahí están las siluetas de dos “foxards” medio adormilados. Que pasen del sueño a

mejor vida, y se las entiendan con los muchos que habrán enviado a los infiernos.

Desde la colina oyó Gabrielle el alarido del chacal. Cuando en el rectángulo de luz de la entrada del mesón vio enmarcarse la silueta de Diego Lucientes, descendió.

* * *

Kirth-on-For se levantó revistiéndola camisa y las calzas, al oír el tremebundo alarido. Cogió un mosquete, y pies descalzos salió al vestíbulo.

—¡Al suelo el cañoncete, Kirth del demonio! —ordenó Lucientes, mostrando una de las pistolas del último “foxard”. ¡Pronto, posadero emboscado!

Kirth-on-For obedeció. Sed magnánimo, señor. Reconoced quo yo vivo y aterrorizado por el clan de Douglas Mac Dermott.

—Se acabó el Dermott, el clan y toda la pesca. Tú me vas a servir de guía hasta Edimburgo. Apuntaré continuamente hacia tus costillas, y al menor extravío entona el “Miserere”.

Crecy apareció, espada en mano.

—¿Qué fue, señor? Un grito horroroso que me puso el vello erizado. ¿Estáis bien, señor?

—Estamos todos magníficos. Que atelen las carrozas. Que Lisette coja cuantos almohadones necesite y los meta en la carroza y tienda encima a su descalabrado marido. Pronto, que quiero abandonar ya estas tierras ásperas donde hasta el vino quema y reseca.

Gabrielle Lucientes vino a apoyar su hombro contra el del que apuntaba a Kirth-on-For.

—Quiero irme, padre.

—Y yo, cariño. ¿Y dónde quieres ir ahora, dulzura?

—Hay reproche en tus palabras.

—No hagas caso. Yo sólo quiero que, en los ojos bien abiertos, elijas el mejor camino para tu felicidad. Par el instante, vamos a Edimburgo.

—Es puerto de mar. Embarquemos

—¿Hacia dónde, trotamundos?

—Hacia... hacia los principados alemanes. Y allí, tú puedes conseguir lo que yo no soy capaz.

—¿Qué es?

—Olvido... Olvidar el hombre que ronda alrededor de nosotros.

—Y que si no llega a rondar me quedo yo calvo y lirondo, y tú de esposa forzada de un bandido.

EPÍLOGO

Las tierras llanas de los Países Bajos moteadas de molinos, “polders”, ganado y tulipanes, ofrecían fácil camino a las dos carrozas que en las postrimerías del año 1721 avanzaban por la ruta de Amberes a Malinas, seguidas por tres jinetes.

Marius Languedoc, Jean Crecy y Diego Lucientes conversaban. Entre los tres habíase formado una compenetración, acrecentada a medida del transcurso de los dos años en que, habiendo partido del castillo de Civry, habían recorrido Inglaterra, Escocia, los Principados alemanes, la Confederación Helvética, las Marcas del Báltico, el Bajo Rin, y, penetrando en la vasta llanura del Zuiderzee, habían ido hacia el Sur, hasta encontrarse por aquel día decembreño en la ruta de Amberes a las ciudades de Malinas y Brujas.

Arropados y envueltos en las capas, oían los dos espadachines la parrafada de Diego Lucientes:

—...y trato de adivinar por qué llamarán “flamencos” a los habitantes de esas tierras llanas. Tienen de salerosos lo que yo de tulipán. Preguntado el sesudo sabio Etienne Laurent, dice que los españoles de los Tercios, al ver tanto pájaro de largas patas y estrecho cuello largo, bañándose les sucios pies en el agua de los canales, apodaron a esa comarca “país de flamencos”, que ése es el nombre de los acuáticos y torpes animalitos. Pero se presta a equívocos. Vosotros que anduvisteis la mejor de las tierras, la soberbia y cambiante España, donde el paisaje nunca empacha porque es vario, oiríais hablar de flamencos.

—En Sevilla, don Diego, así se llamaba a los valientes bravucones que provocaban querella-dijo Languedoc.

—Ya té dije, don Márius, que por el hecho de que tenga yo dos años más, no estás autorizado a doñearme. Lucientes a secas, que

no por eso me vais a perder el gran respeto. También en Sevilla llaman flamencos a los que saben cantar por lo hondo, que no sé lo que será, y a los que tienen gracejo.

Por la ventanilla de una de las carrozas asomó la cabeza de Gabrielle.

—Padre...

—Volando voy, doña. ¿Qué sucede?

—Quiero ir a Brujas.

—¿No querías pañuelos de encajes de Malinas?

—En Amberes la señora que estaba en nuestra hostería..., con la que tuviste tú tanta amistad..., me dijo que en Brujas hay una quietud y un reposo inigualable.

—No nos vendrá mal. Vamos, pues, a Brujas, aunque el nombrecito no me cause gran hilaridad. ¡Postillón! ¡Rumbo a Brujas!



La apacible cantinela de los canales rumoreaba día y noche por las calles de la secular ciudad de la melancolía.

Conventos e Iglesias, casas de altas tapias y tupidos jardines, tiendas donde las compran y las ventas se efectuaban en voz baja, como cuchicheando...

Brujas, la ciudad triste, la ciudad donde la ronda nocturna lanzaba al aire su triste queja invocando la misericordia del cielo para los dormidos habitantes, era un apacible espacio donde la quietud monótona de los días no se había alterado desde la época en que las marciales tropas españolas habíanse alojado en ella.

Sólo forasteros eran los que turbaban la paz de la ciudad conventual. La ronda acudía a desgana y tardíamente al lugar donde oíase entrechocar de espadas.

Violencias y escándalos, sólo los proporcionaban los escasos viajeros, bohemios pintores y artistas en su mayoría, que acudían en busca de inspiración para sus lienzos o sus rimas en la quieta ciudad de los canales glaucos y turbios.

La llovizna pertinaz empapaba muros y espíritus, de los que se adueñaba la melancolía que constantemente exhalaba Brujas.

En una de las salas de la mejor hostería de la ciudad, junto al fuego que ardía en un vasto hogar enrejado, dos hombres jugaban al naipe.

Uno de ellos era Diego Lucientes; el otro era Julien Martel, joven pintor que, desde la llegada del español, había entablado amistad con el viajero.



...oíase entrechocar de espadas.

—...sota, rey y as. Perdéis, amigo —anunció Julien Martel.

—¡Alto!... —y extendió Lucientes su abanico de naipes—. Las cinco grandes y la escalerilla de amores.

Parpadeó en el colmo del asombro Julien Martel.

—¡“Saperlipopette”! —masculló, maravillado—. ¡Si yo fui quien dio las cartas!

—¡Ya! Pero pude pillar el as, amigo. Sois joven..., y, aunque no las hacéis mal, soy ducho en trampas. Me desteté barajando y ganándole los ahorros a mi nodriza.

Julien Martel, dé rostro simpático, abrió los brazos.

—Perdonadme, señor. Confieso que no me quedó más remedio. Esto-y señaló sus ropas distinguidas-es cuanto me queda del último cuadro que vendí a un mercader. Pinté al adefesio de su hija, embelleciéndola. Pero son tacaños por aquí, y ya no encuentro ocasión para mis pinceles. Os vi... y pensé que os podría ganar el suficiente dinero para pagar otra semana de hospedaje. Gracias por

la lección, y aquí tenéis mi último florín. Decidme: ¿os molestaría enseñarme cuál es la trampa que os permite, dando naipes el adversario, reunir la máxima jugada?

—Me gusta vuestra desfachatez, jovenzuelo, porque yo también era como vos. Quedaos con vuestro florín, y, como me sois grato, permitidme ser vuestro Mecenas durante el tiempo que permanezcamos en Brujas mi hija y yo.

—¿Va a ser mucho? —preguntó ansiosamente Julien Martel.

Rió Lucientes.

—De ella dependerá. Soy un padre esclavo del menor de sus caprichos. Quiso viajar, y estamos viajando a toda marcha. Naturalmente, no la culpo, porque la idea partió de mí.

—¡Esta ciudad es mortal! No se oyen como ruido más que el repique do las campanas tocando a muerto... Sería el peor lugar para un enamorado en pena de amor.

—¿Padecéis este mal? —inquirió Lucientes, receloso, creyendo que su interlocutor había adivinado el estado de ánimo de su hija.

—Yo, no. ¿Y vos?

—Por el instante disfruto del completo dominio de mis sensaciones. ¿Y por qué imagináis que sería el peor lugar del mundo para un ser aquejado de languideces cupidescas?

—Echad un vistazo a las callejuelas sombrías. Oíd día tras día el rumor de los canales. Que os llenen las orejas de campanadas, y veréis como vos, sano y fuerte, sentís deseos de llorar.

—¿Y qué le ocurrirá al dolorido enamorado?

—Fatalmente tratará de buscar el olvido en la paz conventual. Muchos seres han venido a Brujas a convertir en misticismo su renuncia al mundo terrenal.

—¡Repámpanos!... —murmuró Lucientes.

—¿Decíais...?

—Nada. Murmuraba para mi capote.

—Bien. Entonces, señor Lucientes, soy vuestro deudo y esclavo.

—¿Eh?... —masculló Lucientes, pensando en su hija.

—Habéis dicho que seríais mi Mecenas. ¿No os habréis arrepentido ya, supongo?

—Lo dicho, dicho está. Por cierto, ¿qué tal andáis de pinceles?

—Los vendí anteayer.

—Tomad esos florines. Comprad los mejores y una paleta bien

iluminada. He pensado de pronto que podríais distraer a mi hija, pintándola.

—Un gran honor, que os iba a solicitar. Las pupilas azules, el rojo cabello con reflejos de sol...

—Me la sé de memoria. Yo presenciaré vuestras sesiones.de pintura, y, si sois un mal pintor, interrumpiremos el cuadro y seguiremos jugando al naipe. Esta tarde a las cuatro os espero en mis habitaciones, Martel.

—Como cuatro campanadas horarias, allí estaré, Y os renuevo mi gratitud. Sois un Mecenas muy simpático, señor Lucientes, gracias.

—Las que vos tenéis señor artista. Abandonó Lucientes el vestíbulo, para subir a sus habitaciones. Al pasar ante la puerta de la antesala de la alcoba de su hija, oyó desgranar las notas del clavicordio que Gabrielle había hecho subir do la sala de baile, que nunca se utilizaba, desde la época de la dominación del Duque de Alba.

Entró Lucientes y vino a colocarse tras su hija.

—Odiabas el clavicordio antes, ¿recuerdas, Gaby?

—Su música me llega a lo más profundo, padre. Despierta en mí nostalgias y deseos de... llorar.

—Cierra este trasto, hija. Hace ya mucho tiempo que no revistes tus ropas de amazona.

—Todo ha cambiado, padre. Has hecho bien en venir a interrumpirme. Tenemos que hablar muy seriamente.

—Vamos a ello. Los malos tragos, pronto.

—En Amberes peleamos, ¿verdad?

—Di mejor que, en vez de sopapearte, preferí dejarte sola y encerrada. Me acusaste de deslealtad.

—Lo fue, padre. Ten calma. Pero yo creía que tú hacías todo lo posible para que Cheij nos perdiera la pista, y tú le comunicabas hacia dónde pensábamos ir.

—Pero fui yo mismo quien te lo advirtió

—¿Por qué?

—Cierto estoy que no es huyendo que lograrás ahuyentar la imagen de Cheij Khan. He ido conociendo al galán. Tiene buen fondo. Es un hombre que puede regenerarse... si tú le ayudas.

—Han pasado dos años y te he demostrado que no Fue vano

capricho mi deseo de huir del falaz embustero. Y ahora, padre, ha llegado el momento en que he tomado una decisión irrevocable.

—¿Cuál?

—Entraré en el “Béguinage”.

El nombre de la institución, donde ricas, herederas se disponían a poner a prueba su vocación religiosa, preparándose como novicias para revestir blancas tocas, hizo sobresaltarse a Diego Lucientes.

—No-dijo, secamente.

—No puedes oponerte.

—A tortazo limpio te quitaré yo esta idea de la cabeza. Si supiera que es por vocación, consentiría, porque respeto religión y creencias. Pero como sé que es por terca obstinación de asustada liebre que busca un hoyó donde esconderse, no lo consiento,

—Quiero entrar en el “Béguinage”.

—Atiende, amor mío: hasta hoy cada vez que has abierto la boca yo he agitado la cabeza afirmando, como un manso cordero. ¡Esto se acabó, maldito sea yo! La lluvia y Brujas me están ya anegando. Vete preparando tu equipaje... Y escúchame, apaga el brillo de tus ojos. A mí jugarretas, no. Si pretendes escapar como una colegiala rebelde, no lo lograrás y la tunda que voy a administrarte alegrará los muros de esta ciudad, porque los berreos que lanzarás sobrecogerán el ánimo de los silenciosos brujonianos o como se llamen.

—Tus métodos de pirata no me asustan-dijo ella, irguiendo la cabeza.

—Vaya... Ya respinga la amazona. Yo no quiero asustarte. Quiero tan sólo que sepas que se ha acabado el trotar mundo. Volvemos a Civry.

—¿Por qué?

—Allí, a fuerza de mucho comer menos clavicordio y cabalgar por el campo, se irán esfumando las nieblas de los Países Bajos, mal llamados flamencos. En tu puerta estará Crecy, y bajo tu ventana Languedoc, con orden de amarrarte si pretendes escapar. He dicho. ¡Mal rayo me parta! Hombres buenos y padres buenazos, y en verso voy, terminan en calzonazos. Me has pisado un callo, angelito, y en estos casos se me acaba el buen humor.

—Mi tragedia es horrible. Tú, mi amigo, no me comprendes.

—Yo, tu amigo, te he consentido ya bastante. ¡A Civry! ¡Y si allá

persistes en misticismos...! Entonces, si realmente esto decides, respetaré tu decisión, cuando sea una decisión tomada con calma, y no bajo el influjo de lloviznas, campanadas y revuelo de tocas blancas.

Marius Languedoc y Jean Crecy, con severas órdenes, quedaron de centinelas.

Terminaba Lucientes de almorzar, cuando acercóse Julien Martel, portando un caballete, pinceles y dos paletas.

—Ya está todo el material. Ahora, la inspiración...

—Lo siento, señor artista-rezongó Lucientes —. Esta tarde partimos. Las carrozas esperan.

—¿Bromeáis?

—¿Tengo yo cara de chanza?

—No-reconoció ingenuamente Martel, dejando caer al suelo los utensilios de su arte.

Y a la vez sentóse, abatido.

—Os he de confesar, señor Lucientes, que me había ya encariñado con la idea de que fuerais mi Mecenas. Y también con la de pintar a vuestra hija. Pensaba hacer un cuadro que pasaría a la posteridad. Un cuadro que...

—Ya no hay cuadro. ¡Para cuadros estoy!

—¿Os duele algo? No, no, apartad toda sospecha de que me burlo. Habéis cambiado: esta mañana erais otro.

—Vos no tenéis hijos, ¿verdad?

—No. Bien quisiera. Dicen que son la alegría de un hogar.

—Lo son. Pero también con la peste, ¡maldita sea!

—¿Acaso vuestra hija está doliente?

—Es cosa que no os incumbe.

—Perdonad. No es impertinente curiosidad. Es que os había cobrado afecto por vuestra llaneza y generosidad. ¿Dónde emprendéis viaje?

—A Francia.

—¡Feliz vos! Bien quisiera yo poder ir a Francia.

—¿Quién os lo impide?

—Sólo tengo mis piernas.

—Robad un caballo.

—No tengo valor para ello. Y, si lo hiciera, me lo comería en la primera etapa.

Desfrunció el ceño Lucientes.

—Puesto que dije que ibais a ser favorecido con un mecenazgo, que se os escapa, no quiero volverme atrás. En una de las carrozas van los equipajes y Lisette, la doncella de mi hija. Pero tiene un marido celoso.

—¿En la otra carroza?

—Mi hija y su preceptor.

—¡Lástima!... No puedo imponerles mi compañía. ¿No os sobra un caballo manso?

—De postillón podéis ir en cualquiera de las dos carrozas.

—¡Acepto!

—¿El arte cabalgando como un cochero?

—Velo por el arte, precisamente... Más prefiero ser postillón, que bohemio moribundo de hambre.

—Me placéis. Vos iréis en la carroza con el preceptor y mi hija. Tratad de ser como sois. Gracioso y ocurrente, por sincero. Mi hija se aburre, y vos quizá la distraigáis. Entendámonos, no os ofrezco el oficio de bufón...

—Sé bien que no queréis humillarme. Vos daríais pan a un hidalgo arruinado, y el hidalgo se sentiría vuestro anfitrión.

—Elogio inteligente. ¿Trato hecho?

—Con toda mi gratitud.

—Una advertencia. No intentéis hacerle la corte a mi hija.

—Hacéis bien en advertírmelo. Es muy bonita y quizá hubiera yo sucumbido al deseo de poetizar.

—Si tal hicierais, componed un epitafio.

—¿Tanto os encoleriza que respetuosamente se viertan madrigales a quien los inspira? Os debería halagar...

—A mí me halaga. Pero hay un caballero que viene tras nosotros, y está locamente, enamorado de mi hija. Ha jurado que el primer osado que intente galantear a Gabrielle, perecerá.

—¡“Saperlipopette”! ¿Y vos lo consentís?

—Es una historia larga. Es asunto a dilucidar entre mi hija y el caballero. Yo soy Poncio, ese que se lavaba las manos.

—¿Es muy fiero el pertinaz seguidor?

—Juzgad vos mismo, y no lo creáis chanza. En Escocia descalabró a una treintena de bandidos escoceses que raptaron a Gabrielle. En Koenigsmark mató en duelo a un terrateniente que se

limitó a enviar flores a mi hija. En Múnich descalabró sin reparación a cinco espadachines que por orden de un caballero intentaban entregar un mensaje a Gabrielle...

—No sigáis... En vez de la carroza donde viaja vuestra hija, ¿no podría yo ir en la de Lisette?

—Su marido es maestro de armas.

—¡“Saperlipopette”! No me queda ya más remedio que ser postillón. He de producir aún algún cuadro genial, y tengo tan sólo veinticinco años. Lo siento, pero soy cobarde, y no me gusta la pelea, si está en mi poder el rehuirla.

—Valiente confesión. Os habéis ganado un caballo.

—¿Manso?

—Sólo galopará cuando siga a los otros, y si vos no lo detenéis

—No sé cómo agradecer tanta bondad, señor Lucientes. ¿Por azar no os haría falta en vuestra residencia de un lacayo con horas libres para pintar?

—¿Cuántas horas libres?

—Con... veinte al día me bastaría. Las otras cuatro las emplearía en dormir.

Rieron los dos, y Lucientes palmoteó en el hombro del pintor.

—Vos llegaréis lejos, señor artista. Tenéis la principal cualidad: un desparpajo de sinvergüenza simpático, que me agrada.

—Cuando estemos a refugio de esto caballero perseguidor, quisiera poder pintar a Gabrielle Lucientes, señor. Creo que haría la mejor y más genial de mis composiciones.

—Lo veremos llegando a Civry... Ahora, podéis preparar vuestro equipaje, mientras doy orden a Languedoc de que os merque un manso.

—Mi equipaje consiste en lo que llevo puesto y los utensilios que he pedido comprar gracias a vuestra generosidad.

—Tiradlos... Ese caballete os estorbará a caballo. Ya en Civry comprobaré si pintáis o solamente os lo figuráis.

—Con panza llena y gratitud, techo y amabilidad, soy capaz de inmortalizar a Gabrielle Lucientes.

—Eso quiero. Hasta después.

* * *

En la ciudad fronteriza de Charleroi, y en ocasión de que Gabrielle reposaba, dedicóse Lucientes a vagabundear por las calles

de la pequeña población.

Al volver de una esquina, detúvose En pie, embozado en la capa, para defenderse del cortante aire, Cheij Khan saludó:

—Placer en veros, Diego Lucientes.

—Eco soy, muchacho. Hay reproche en tus ojos. ¿Qué sucede?

—¿Quién es el caballero que acompaña vuestros pasos y que desde Brujas se acerca a la ventana de la carroza ocupada por Gabrielle?

—Déjalo vivir, muchacho. No es un galán. Es un pintor, que quiero plasme en lienzo la figura de mi tormento y del tuyo.

—Los artistas suelen ser atrevidos sujetos mujeriegos.

—Éste de atrevido tiene mucho, pero jura que en Gabrielle sólo ve la inspiración del mejor cuadro. Es inofensivo. Es un pintor. No la mira con ojos de hombre. Te doy palabra, de ello. Es un buen sujeto, incapaz de daño. Por tanto, no le busques querella... o esta vez me enojaría.

—No quiero tu enojo, si me garantizas que el pintor no cometerá la irreverencia de sentirse hombre ante ella.

—Garantizado, muchacho. ¿No empiezas ya a cansarte de tanto viajar?

—Ella me pertenece, y será mi esposa. Lo sabes..., ¡perdón!, lo sabéis, Diego Lucientes.

—Tutéame. Ya estamos muy compadres, muchacho.

—¿Por qué os fuisteis tan pronto ~de Brujas?

—Querencias de establo. Quiero ya estar en Civry.

—¿Volvemos a Civry?... —preguntó Cheij Khan.

—Sí... —dijo sonriendo Lucientes—. Quisiera brindarte hospitalidad, pero ya sabes... Ella no toleraría esa gran ofensa a su amor propio.

—No es amor propio. Ella no se atreve ya a creer en mí. Yo la herí hondamente. Debo expiar mi crimen. No sé cómo, pero lograré que vuelva a creer en mí. ¿Ibais a algún sitio en particular, o permitís que os acompañe?

—Puedes. Te dije que podías también tutearme.

—Perdón, pero os considero... un segundo padre.

—¡Alto! ¡Me basta con ella!... —y bruscamente, para disimular su repentina emoción, añadió Lucientes—. Eso quiero, Cheij Khan. Que pronto ella se rinda... entonces tendré dos hijos.

Avanzó Cheij Khan y sus dos manos se hincaron en los hombros de Diego Lucientes, que parpadeó ante la presión de los dedos musculosos.

Y la mirada de Cheij Khan rebosó de emoción al decir:

—Gracias te sean dadas por tu buen corazón. No hallé en mi camino más que penalidades y ruindad... hasta conocer a tu hija, y a ti, alma noble, que encubres con buen humor toda la belleza de tus sentimientos. No estrecho tu mano, porque es gesto de mentira y común a todos. Nunca consentí que nadie me tocara. Apoya tus dos manos en mis hombros, y sellada quede una amistad hasta la muerte.

Aplicó Lucientes sus dos manos en los hombros de reciedumbre pétrea.

—Vencerás, Cheij, muchacho... Porque si la vida te maltrató, hubo en ti siempre un fondo bueno, que va imponiéndose. Y ahora... ¡tregua al corazón! ¿Sigues bebiendo agua, maldito saltimbanqui?

—Sigo bebiendo agua-dijo, sonriente, Cheij Khan, separándose.

—Eso es un capricho de muy mal gusto. En fin, ven conmigo, y mientras me refresco la garganta..., que se me ha puesto seca como un desierto..., tú puedes contarme algo de tu vida... ¿Quieres?

—Quiero...

—Desde más allá donde puedas remontarte. A veces, muchacho, el vaciar, el alma a quien pueda comprenderte y te tenga afecto, sirve de gran consuelo, y el más fuerte y solitario de los hombres, tú mismo, necesita calor humano de amistad. ¡Entremos aquí mismo! ¡Vino para mí y agua para ti! Pero brindaremos con el mismo calor que si estuviéramos ebrios..., ¡porque no lo puedo remediar, Cheij, muchacho! ¡Se me antoja que te conocí desde tus primeros balbuceos!